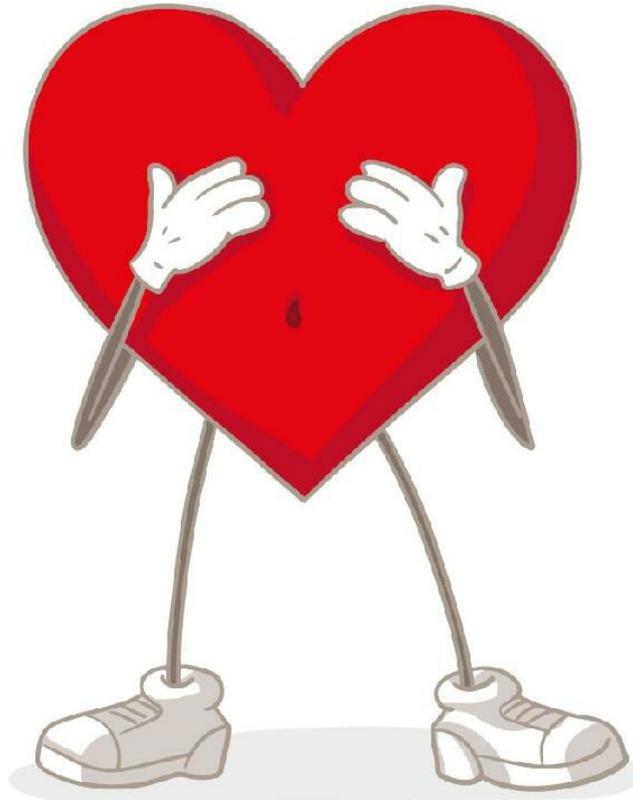


AMOR
Ciego

ALINA COVALSCHI

Amor ciego



Alina Covalschi

No eran amigos y tampoco novios, sino todo lo contrario. Tenían una relación complicada y destinada al fracaso.

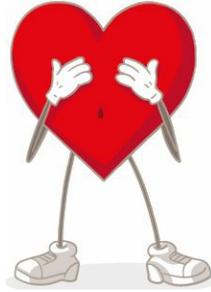
Se separaron y tomaron caminos opuestos.

Pasaron años y el hilo invisible que los mantenía conectados se enredó y se rompió.

Pero el primer amor nunca se olvida y siempre deja huellas imborrables.

Angélica y Raúl aprendieron que hay segundas oportunidades, y que son las definitivas.

CAPÍTULO 1



Miré en dirección a mi mejor amiga y le hice señas para que me siguiera. Había perdido la cuenta de las veces que había salido a escondidas de mi casa para vigilar a Raúl.

—¿Por qué tenemos que entrar aquí? —preguntó Alicia susurrando.

—Aquí viene Raúl por las noches. —Ella me miró con extrañeza, pero continué—. Su madre está preocupada.

—No entiendo por qué tienes que hacerlo tú.

Se apoyó en uno de los árboles y me miró pensativa.

—Mis padres son buenos amigos con sus padres y soy como una niñera para él, aunque no lo sabe —dije al cabo de unos segundos.

—Qué rollo —bufó—. ¿Qué pasa entre vosotros?

—Nada —contesté torpemente.

—Eso es mentira. Cada vez que te mira se queda embobado y cada vez que tú hablas de él te pones como un tomate maduro. Así que algo pasa.

—Solamente estoy... bueno, somos casi obligados a pasar tiempo juntos —expliqué—. No es fácil tener a mis padres visitando constantemente a los suyos. Sabes que a mí no me gusta Raúl. Se envuelve en un círculo peligroso y con gente rara.

—Si tú lo dices... Ahora estás arriesgando tu vida para comprobar que él está bien.

—Te dije que...

—Ya lo sé, la misma excusa de siempre. Su madre está preocupada, pero en realidad yo creo que eres tú quien no puede dormir tranquila si no sabe que él está en su casa sano y salvo.

—La última vez casi lo mataron —pronuncié con un nudo en la garganta.

—Tengo razón, Angélica. Hay algo que os une, hay algo que os

mantiene juntos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jandro detrás de nosotras.

—Shhhh. —Me acerqué y le tapé la boca rápidamente—. Intentamos colarnos dentro.

Agrandó los ojos y quitó mi mano.

—¿Estáis locas? —farfulló—. No podéis entrar así, si os pillan...

—Nadie se dará cuenta, no es la primera vez que lo hago —admití.

—¿Qué? —preguntó Alicia, colocándose delante de Jandro—. ¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte pasado algo.

—No quería meterte en esto —expliqué—. Pero nunca entré...

—Chicas —dijo Jandro—, ¿me queréis explicar qué pasa aquí?

—Nada —repliqué airada. No estaba dispuesta a darle explicaciones.

—Si ninguna me contesta, entraré y avisaré a todos de que os queréis colar.

—Eres nuestro amigo, ¿verdad? —Le lancé una mirada recriminatoria.

—Sí, Angélica —suspiró—. Entraré con vosotras y os vigilaré de cerca.

—Gracias —murmuró Alicia.

—¿Qué esperas? —preguntó él mirándome.

—No quiero que me vean, mejor me voy. —Retrocedí.

—Vamos, Angélica —dijo Alicia, y me agarró por el brazo—. Esta noche será diferente, esta vez lo verás de cerca.

—Me da miedo, no quiero que él sepa que lo estoy vigilando.

—No lo haces, solo estás protegiéndolo —dijo ella suavemente—. Eres como su ángel de la guardia.

—Si está en peligro, no puedo ayudarlo —suspiré—. Así que no digas eso...

—Llevas más de quince años escondida detrás de su sombra. Es hora de salir.

—Sabes que no aguanto su actitud, sabes que no nos llevamos bien. Todo puede salir muy mal.

—Nunca se sabe.

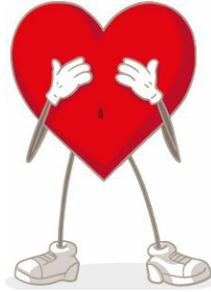
—¿De quién estáis hablando? —preguntó Jandro después de un rato mirándonos extrañado.

—No es nadie —dije yo, y agarré su brazo—. Ahora vamos dentro, tengo ganas de ver cómo te diviertes tú por las noches.

—Os lo vais a pasar bien conmigo, chicas —dijo él bastante confiado.

—Lo único que quiero es entrar.

CAPÍTULO 2



—Esta fiesta apesta —dijo Alicia—. La verdad es que pensaba que la gente sabe divertirse.

—¿Qué esperabas? —dijo Jandro mirándola fijamente—. Aquí vienen solo a pelear. No es una discoteca.

—¿Pelear? —pregunté aclarándome la garganta—. Pensé que Raúl viene a entrenar, eso le dijo a su madre.

—Siento decepcionarte, Angélica. —Dejó de mirar a mi amiga para mirarme a mí—. Os tiene engañados a todos. Raúl viene aquí todos los fines de semana para pelear.

—¡Oh, Dios mío! —Tapó rápidamente mi boca.

—No grites, joder —dijo con tono severo—. No quiero llamar la atención.

Asentí y él liberó mi boca.

—¿Queréis ver las peleas? —masculló.

—Sí —contestó Alicia—. Quiero ver cómo la testosterona fluye en el aire.

—Mejor nos vamos. —Ella giró la cabeza para mirarme.

—¿Qué dices? Llevas tanto tiempo detrás de él y ni siquiera sabías esto. No puedes echarte para atrás.

—Te dije que no estoy detrás de él. No me gusta, solo le hago un favor a su madre.

—Y a ti —incredó—. Él te gusta...

Permanecí inmóvil y en silencio mirando fijamente la expresión alterada de mi amiga.

—No...

—¡Parad de gritar o me veré obligado sacarlas fuera! —exclamó Jandro con la cara roja por la ira.

—Está bien. Voy con vosotros.

Jandro nos llevó por un pasillo medio oscuro y luego se paró delante de una puerta enorme. Esta estaba pintada de rojo y en el medio había un símbolo raro.

—¿Qué significa eso?

—¿Te refieres al símbolo? —Asentí ligeramente con la cabeza—. Es la marca que llevan tatuados los luchadores.

—¿Qué mierda pasa aquí? —Retrocedí—. No quiero saber más.

—Entramos a ver un poco y si no te gusta, salimos —susurró mi amiga.

—Por supuesto que voy a salir.

Jandro empujó la puerta y un olor a sudor me hizo tapar la nariz. Sentía como el vientre se me retorció y me embargó una terrible inquietud. Experimenté una sensación desagradable y dirigí una mirada desesperada a Jandro.

—Huele mal —se quejó Alicia.

—Vamos, os quejáis mucho —dijo él, y tiró de nosotras.

Había mucha gente. Creo que estaba presente toda la juventud de ese pueblo. Mis ojos tardaron un rato en adaptarse al cambio de iluminación. La música sonaba muy alto y mientras caminaba, recibí varios empujones.

Me obligué a no acobardarme y me agarré con fuerza al brazo de Jandro. En el medio de la sala había un ring de boxeo y dentro había cuatro chicas desnudas bailando. Tragué saliva y agaché la mirada. No la levanté hasta que escuché la voz de mi amiga.

—He visto a Carlos —gritó ella con una amplia sonrisa—. Voy a saludarlo.

—Agárrate a mí, Angélica —dijo Jandro—. Si quieres irte, me lo dices y te acompaño.

—Gracias. —Agarré con fuerza su brazo y miré el ring.

Las chicas bajaron y unas luces rojas se encendieron, iluminando solo el ring. Un hombre de mediana edad subió y con un micrófono en la mano empezó a hablar.

—Esta noche es especial. —Nos miró a todos—. Esta noche pelearán los mejores.

La multitud empezó a chilar y yo escondí mi rostro en el pecho de Jandro.

—Damos la bienvenida a nuestros luchadores —gritó fuertemente.

Las luces se apagaron y una música siniestra empezó a sonar. Todos empezaron a cantar y cuando una luz blanca iluminó el ring, me asusté.

En el medio había una persona con la cabeza cubierta. Tenía las manos atadas, la camiseta rota y manchada de sangre.

Todos miraban a ese hombre, pero nadie salió a socorrerlo. La música dejó de sonar y dos chicos se hacían paso entre las personas.

Cuando subieron al ring ayudados por la multitud, dejé de respirar. Uno de ellos era Raúl y su rostro mostraba una frialdad escalofriante.

Nunca lo había visto así, siempre gruñón y molesto, pero tan frío, nunca. Raúl estaba enojado. Su fuerte mandíbula estaba firme y sus ojos, oscuros.

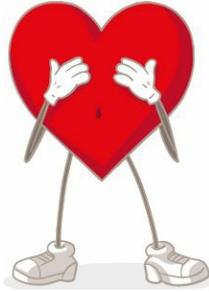
Los nervios comían mi estómago y mi mano derecha apretaba con fuerza el brazo de Jandro. La escena que tenía delante de mis ojos me asustaba y me sobresaltaba.

Recordé las veces que me había hablado mal y como siempre le había contestado de la misma manera. Pero nunca había visto esa faceta suya y esa expresión feroz.

Pocas veces me dijo palabras hermosas y esas veces fueron las únicas que le había contestado de la misma manera.

Nuestra relación era como una montaña rusa, tenía sus altos y bajos. Pero lo único que nos unía era la amistad que tenían nuestros padres.

CAPÍTULO 3



—¿Por qué está atado? —Miré a Jandro—. ¿Qué le van a hacer?

—Es mejor que no mires. —Tiró de mí y escondí el rostro en su pecho. Temblaba de verdad y sentía mucho miedo.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando escuché un grito.

—Ya está —contestó él.

Giré la cabeza y el hombre que estaba atado hace un rato, estaba de pie mirando a todos. Ya no tenía la cara cubierta y le habían quitado la camiseta. En el pecho, al lado de su corazón, había una marca roja llena de sangre.

Eso tenía que doler, pero él estaba contento.

Busqué con la mirada a Raúl y lo encontré sentado en un rincón con la cabeza agachada. Sentí pena por él, nunca lo había visto tan decaído.

—¿Esa marca la tienen todos? —pregunté a Jandro sin dejar de mirar a Raúl.

—Sí. Todos los luchadores la llevan en su pecho.

—Esto es un poco raro. No entiendo por qué tienen que marcarlos así.

Raúl alzó la mirada y se puso de pie. Dos hombres se le acercaron y le colocaron unos guantes de boxeo. Luego se bajaron del ring, dejando a Raúl mirando fijamente al chico recién marcado. Se veía fuerte y por la sonrisa que llevaba en sus labios lo notaba confiado. Al lado de Raúl parecía un gigante.

—¿Se van a pelear? —Jandro asintió con la cabeza.

—Pero es más grande y más fuerte que Raúl —dije con voz trémula.

—No te preocupes. ¿No has visto nunca una pelea? —Negué con la cabeza—. ¿No has visto a Raúl pelear?

—No, nunca.

—Es muy bueno, y ese hombre, aunque se ve fuerte, es un novato. —

Me miró directamente a los ojos para tranquilizarme.

—Ya, pero...

—Aquí estáis —dijo mi amiga—. Encontré a Carlos.

—Hola Carlos. —Sonreí torciendo el labio.

—Hola —contestó y se acercó para darme dos besos—. Vaya sorpresa con vosotras. Este no es un lugar apropiado.

—Solo estoy...

—Queremos ver las famosas peleas —intervino mi amiga—. ¿Qué hay de malo?

—Nada, Alicia. —Se giró para mirarla—. Solo que no me gusta verte por aquí. Es peligroso.

—Jandro nos cuida —se limitó a responder.

—Y yo también. —La agarró por la cintura—. Una pelea y os vais. —Le dio un beso en los labios.

En ese momento, la pelea empezó. Giré la cabeza y vi cómo Raúl empezaba a dar golpes sin parar. Cada golpe impactaba en el rostro de ese hombre con fuerza, dejándolo mareado. Tenía el rostro cubierto de sangre e intentaba con desesperación cubrirse los ojos con los guantes.

Raúl parecía una máquina de matar, inclinaba su torso con facilidad haciendo que el brazo atacante impactará rápidamente y luego tomaba posición de defensa. Su oponente tenía los ojos hinchados y la sangre chorreaba por sus mejillas. En ese instante, con una leve flexión en sus rodillas, Raúl impactó con mucha fuerza y precisión en el mentón de su rival.

Este cayó al suelo y todos empezaron a gritar de alegría.

Eso fue brutal, pasó tan rápido que no tuve tiempo a reaccionar. Raúl levantó las manos en el aire y la gente empezó a gritar su nombre.

—Tengo que salir de aquí —musité.

—Dame un momento, Angélica —dijo Jandro—. Tengo que hablar con alguien y vuelvo enseguida. Quédate aquí en este rincón y no hables con nadie.

—Está bien. —Busqué con la mirada a mi amiga.

—Alicia salió con Carlos y volverá enseguida.

—No tardes, por favor. —Empecé a jugar con mis manos.

Dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Me pegué a la pared y agaché la cabeza, no quería atraer la atención.

Sentí un ligero empujón y levanté la mirada.

Tenía delante a un chico que me miraba de arriba abajo con descaro.

—Wow —dijo con la respiración agitada—. Eres preciosa. —Estiró la mano para tocar mi mejilla, pero di un respingo y eché la cabeza hacia atrás.

—No tengas miedo. —Sonrió con malicia—. ¿Cuál es tu nombre?

—No quiero hablar contigo.

Se acercó y cerré los ojos.

—Tan solita... —murmuró y me agarró por la cintura—. ¿Qué tal si te hago compañía?

—Suéltame. —Intenté empujarlo.

—No. Vindrás conmigo.

—Suéltame, imbécil. —Le di una bofetada.

—¿Cómo te atreves, puta? —Cerré los ojos de inmediato esperando una reacción.

Esperaba recibir un golpe, pero su otra mano dejó de agarrar mi cintura y abrí los ojos.

Lo que vi me dejó sin aire. Raúl lo tenía agarrado por el cuello con las dos manos y el chico parecía no respirar.

—Raúl. —Le toqué el hombro con suavidad.

Él giró la cabeza y cuando encontró mi rostro, entrecerró los ojos.

—¿Qué mierda haces aquí, Angélica? —rugió.

Soltó al chico y me agarró por los hombros.

—Contesta... —Me miró a los ojos.

Lágrimas salían de mis ojos, no podía reaccionar, nunca lo había visto tan furioso. Empecé a temblar y me soltó de inmediato.

—Lo siento... —Me miró arrepentido.

—Yo... tu madre... Bueno, yo estoy aquí... —Dejé de hablar porque alargó una mano para secar mis lágrimas.

Cuando sentí sus dedos acariciando mis mejillas, suspiré bajito.

—Sal de aquí, Angélica. —Dejó caer su mano—. Por favor...

—Aquí estoy —dijo Jandro y se quedó parado al vernos tan pegados uno al otro—. Si molesto...

—No —lo cortó Raúl rápidamente y se alejó—. Llévatela de aquí. Y asegúrate de que nunca más entrará —le dijo con voz queda.

—No me puedes prohibir cosas —dijo con un desespero acuciante—.

No tienes...

—Puedo y lo haré. —Acercó su rostro al mío.

Tenía el pelo mojado del sudor y su piel brillaba, pedía caricias...

—Hablamos mañana —dijo con tono brusco y sentí su respiración pesada en mi cuello.

—No será posible. Me voy. —Mis últimas palabras fueron un susurro ronco.

—Muy bien, vete.

—No lo entiendes, Raúl. —Miré sus labios mojados—. Me voy de este pueblo.

Él se alejó y me miró a los ojos.

—¿Te vas? ¿Y yo por qué me entero ahora? —Su voz rezumaba rabia.

—Nadie lo sabe —susurré.

—¿Ni siquiera tus padres?

—No, esta es mi decisión. —Lo miré con dolor—. Quiero ver el mundo, quiero escaparme de aquí.

—¿Esta es una despedida? —Se acercó y rozó mis labios con su dedo pulgar.

—Me temo que sí. —Cerré los ojos para no mirarlo más.

No entendía por qué me era tan difícil despedirme de él. Nunca nos hemos llevado bien, siempre me trató con frialdad.

—Muy bien. —Abrí los ojos—. Si esto es lo que quieres... —Agachó la cabeza y me dio un beso suave en los labios.

Ese fue mi primer beso y sabía a salado, algo que nunca olvidaré.

Cuando abrí los ojos, Raúl me miraba con tristeza.

—Adiós, pequeña. —Dio la vuelta—. ¿Quién me cuidará ahora?

Desapareció entre la multitud y se llevó con él los latidos de mi corazón.

—¿En serio te vas? —preguntó Jandro.

—Sí, tengo la maleta preparada en mi coche.

—Entonces, has mentido. —Me miró con el ceño fruncido—. Querías despedirte de él, querías verlo una última vez, ¿verdad? Su madre no sabe nada...

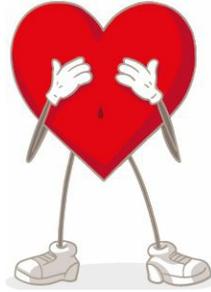
—Gracias, Jandro. —Apreté su brazo—. ¿Me acompañas fuera?

—Sí —contestó con voz quebrada—. Sígueme.

Con una última mirada hacia el ring de boxeo, salí de esa sala con el

corazón machacado. Esa fue una despedida muy triste.

CAPÍTULO 4



Cuatro años más tarde...

—¿Por qué tenemos que entrar aquí? —Miré con atención el cartel, no entendía por qué mi amigo me había traído a un museo.

—Te gustarán los cuadros —contestó Mateo—. Su forma de pintar es única —suspiró.

—Dices esto porque es un hombre, ¿verdad?

—Y uno muy guapo —suspiró otra vez—. Una pena que no sea gay.

—¿Y cómo lo sabes? —Lo miré divertida.

—Intenté ligar con él.

—¿Y qué pasó?

—¿Recuerdas el día que me hospitalizaron?

—¿Cuando te caíste y te rompiste la muñeca?

—Eh... sí. —Agachó la cabeza—. Bueno, no me caí. Lo que pasó fue que intenté acercarme a él y cuando estiré una mano para tocar su mejilla, me la agarró y me la torció.

—¿En serio? —Tropecé.

—Sí. —Me agarró por la cintura—. Es muy fuerte, creo que es boxeador.

—Ajá. —Alisé mi vestido—. Para ti todos son fuertes.

—Tendrás la oportunidad de verlo y conocerlo. Me dijeron que esta noche asistirá a la galería.

—La verdad es que no me apetece quedar. Solo vine porque prácticamente me obligaste. —Lo miré mal.

—Necesitas salir, chica. Llevas mucho tiempo encerrada entre libros. —Me agarró por la cintura.

—Me quedan pocos exámenes. —Miré con atención a mi alrededor.

La sala estaba repleta de personas y las paredes albergaban cuadros

de varios tamaños.

Las pinturas eran increíbles y los detalles destacaban de una manera impresionante.

Todos tenían algo en común, cada cuadro llevaba una marca en el lado izquierdo, abajo.

Me acerqué para ver mejor y cuando la marca tomó forma delantero de mis ojos, el aire abandonó mis pulmones.

—¿Pasa algo? —preguntó Mateo—. Tienes la cara muy pálida. ¿Te sientes mal?

—¿Cómo se llama el artista? —Me acerqué y acaricié el pequeño ángel pintado de color negro.

La marca era un ángel, el mismo que había dibujado yo cuando tenía catorce años, el mismo que tenía tatuado en mi hombro derecho.

—Se llama...

—Raúl —dije y empecé a retroceder.

—¿Cómo lo sabes? —Me agarró por la cintura—. ¿Lo conoces?

—Tengo que salir de aquí —dije, pero Mateo me lo impidió.

—No vas a irte. —Me giró—. Me lo prometiste.

—No puedo quedarme, Mateo —susurré mientras intentaba apartar sus manos—. No quiero verlo...

—¿A quién? —Entrecerró los ojos—. ¿Qué pasa?

—¡Mateo! —gritó una chica rubia—. Por fin llegas. —Agarró su rostro y le plantó un beso en los labios.

—Elisa —dijo él con asombro—. Vaya recibimiento. ¿Qué pensará tu novio al vernos?

—A Raúl no le importa. Sabe que eres gay. —Se aferró a su cuello y aproveché para soltarme de su agarre.

—Me voy. —La chica me miró sorprendida.

—¿Estás con alguien? —le preguntó.

—Ah, sí. —Tomó mi mano—. Ella es Angélica, mi mejor amiga.

—Pensé que yo era tu mejor amiga. —Puso un puchero triste.

—Me voy, Mateo —gruñí.

—No te vas a ir. —Tiró de mi brazo—. No me dejes solo con ella —susurró en mi oído.

—No puedo quedarme. No lo entiendes, ella es... él es...

—Hola, Mateo —dijo una voz conocida detrás de mí—. Veo que Elisa

no puede separarse de ti —habló tranquilamente, no había celos en su voz.

—Bueno...

—Es que es mi mejor amigo —intervino ella.

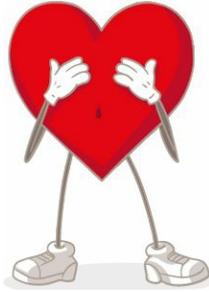
—No tengo nada en contra —dijo Raúl y después de saludar a Mateo, se acercó un poco más—. Hoy no vienes solo.

En ese instante, levanté la mirada. Mis ojos encontraron los suyos y su sonrisa desapareció al instante. Miró las manos de Mateo, que apretaban mi cintura, y dio un paso hacia delante.

—Ella es...

—Angélica —murmuró mirándome fijamente—. Mi ángel.

CAPÍTULO 5



—¿Tu ángel? —Elisa lo miró boquiabierta—. ¿Y yo qué soy para ti? —Puso las manos jarra—. ¿Os conocéis? —Me miró de arriba abajo estudiándome con atención.

—Me tengo que ir... —Agarré a Mateo por el brazo y empecé a retroceder.

—¿Tan mal te sienta verme de nuevo? —preguntó Raúl buscando mis ojos.

—¿Quién es ella? Contéstame —exigió Elisa.

—Tranquilízate, estás montando una escena, y sabes que no me gusta —dijo con tono severo.

—¿Qué pasa, Angélica? —susurró Mateo en mi oído—. ¿Quieres irte?

—Sí, por favor...

—Nosotros nos vamos —avisó Mateo.

Raúl se dio la vuelta y nos miró con el ceño fruncido.

—¿No os quedáis a la fiesta? —preguntó—. Necesito hablar contigo, Angélica.

—Lo siento, Raúl. —Retrocedí.

—Sigues teniendo miedo —susurró—. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué dejaste de cuidarme? —Alzó la mirada y vi tristeza en sus ojos—. Perdí a mi ángel cuando más lo necesitaba.

—Señor.

Alguien tocó el hombro de Raúl y él enderezó los hombros.

—Dime, Tavi. —Se giró—. ¿Qué pasa?

—Alguien quiere hablar con usted —contestó el chico, y Raúl dejó de mirarme.

—Ahora vengo, gracias. —Agarró a Elisa por el brazo y suspiró—. Adiós, Angélica.

—¿Qué fue todo esto? —preguntó Mateo—. Quiero todos los detalles.

—¿Nos vamos? —pregunté con voz ahogada—. Por favor...

—Por supuesto.

—Si quieres quedarte a la fiesta, yo puedo tomar un taxi —dije y él negó con la cabeza.

—¿Y dejarte sola en este estado? —Miró mis manos temblorosas—. Soy tu mejor amigo.

—Gracias, Mateo —miré una última vez el cuadro que tenía delante de mí.

Cada línea y cada color expresaban una tristeza amarga, la misma que había sentido cuando abandoné el pueblo.

Pasé unos años de soledad y cada día deseaba regresar al pueblo para verlo. Dejé de mantener contacto con mis amigos, no quería escuchar lo que tenían que contarme, no quería escuchar su nombre.

Mis padres me llamaron todos los días y cada fin de semana vinieron a visitarme. No les dije por qué me había ido, pero mi madre tenía sus sospechas.

—Te veo triste y apagada, Angélica. No sonrías como antes. —Acaricié mi cabello—. Vuelve a casa, por favor.

—No puedo, mamá... —Cerré los ojos con fuerza.

—Es por él, ¿verdad? —preguntó y al ver que no le contestaba, siguió hablando—. Él también está triste. Dejó de hablar con nosotros y su madre dijo que se pasa el tiempo encerrado en su habitación. Dejó de salir por las noches...

—¿Estás llorando? —preguntó Mateo mirando con atención mi rostro.

—Solo quiero irme de aquí. —Solté un profundo suspiro—. Mi amor por él se despertó de nuevo y... —Empecé a temblar y él me abrazó enseguida.

—Suelta todo, es bueno llorar.

Me aferré a su cuello y lloré como una niña pequeña, lloré por todos los días que intenté hacerlo y no pude. Mi amor hacia él no murió, se volvió más fuerte con los años. Un amor que al principio era ciego, pero empezó a ver justo en el momento equivocado.

Todos estos años me había engañado a mí misma porque pensé que todo fue una tontería o un simple cariño.

Era amor verdadero, uno que nunca se olvida y uno que nunca muere.

—Vamos, te llevo a tu casa —susurró Mateo al ver que dejé de llorar—. Espero que tengas helado en casa... —Sonrió—. Esta noche va ser muy larga.

—Tengo más que suficiente. —Me sequé las lágrimas—. Me volví adicta gracias a ti —gruñí.

—Siento haberte traído aquí.

—No lo sabías. —Apreté sus manos—. Y tienes razón, su forma de pintar es única.

CAPÍTULO 6



—Espérame, Angélica —gritó Gema detrás de mí—. Terminé las clases —dijo jadeando.

—Qué bueno. Entonces puedes acompañarme a comprar un regalo para Mateo.

—¿Qué quieres comprarle? Sus gustos son muy refinados. —Rodó los ojos—. Yo aún no tengo su regalo.

—Había pensado en regalarle esa cámara de fotos que tanto le gusta —dije hablando lentamente—. Otra cosa no se me ocurre.

—Me parece perfecto. A ver si me ayudas a mí también con el regalo.

—Por supuesto... —dejé la frase sin terminar.

Me pareció ver a Raúl y me puse de puntillas. No dejaba de pensar en él. Lo tenía en cada rincón de mi alma y en cada trocito de mi corazón dormido. Cada silueta parecida a él me recordaba el pasado y los momentos en los que odié la soledad. El amor que sentía por Raúl fue quemado por la distancia, pero no murió. Salió ileso y resurgió, dejando paso al presente, a la realidad. Verlo de nuevo revivió ese amor magullado y esos bonitos sentimientos que nunca tuve la oportunidad de compartirlos.

—¿Qué pasa? —Gema me devolvió a la realidad con su pregunta—. ¿A quién has visto?

—A nadie —contesté sin entusiasmo.

—¿Cómo te fue el otro día con Mateo? Me dijo que te llevó a una galería de arte —preguntó e hizo una pausa, como si estuviera ponderando la información.

—No quiero hablar de eso. —Llegué delante de mi coche y al ver su rostro intrigado, decidí contestarle—. Digamos que fue una experiencia dolorosa.

—Pensé que te gustaba el arte. Tienes un montón de cuadros comprados —dijo con entusiasmo y entró en el coche.

—Me encanta el arte —afirmé con encomiable calma—. Pasó otra cosa.

Recordarlo me deprimió. Me esforcé para no derrumbarme y entré en el vehículo. Arranqué el coche y puse la radio. Estaba hecha un verdadero lío y conducía de forma mecánica.

—¿Mateo te dejó tirada por el artista? —preguntó con voz grave—. Dijo que era muy guapo.

—No, solo tropecé con mi pasado.

Absorta en mis pensamientos, aceleré, intentando quitar su rostro de mi mente. Quería olvidarlo, olvidar que lo amaba con todo mi corazón.

—¡Cuidado! —gritó Gema, pero no me dio tiempo a frenar y choqué con otro coche.

Saltaron los airbags y mi cabeza quedó atrapada entre el asiento y esa bolsa gigante, hinchada.

—Ay, mi cabeza...

Pájaros cantando, viento soplando... No quería despertarme, quería quedarme así para siempre.

Me dolía mucho la cabeza y mis ojos estaban vendados. No podía ver nada y tampoco podía mover mi cuerpo. Me entró pánico, me sentía atrapada, me faltaba el aire...

Intenté abrir los ojos, pero la venda me cegaba por completo. Moví ligeramente la cabeza hacia un lado y sentí como alguien agarró mi brazo.

—No te muevas —susurró—. Avisaré de que ya volviste con nosotros.

Asentí con la cabeza y me quedé quieta.

En ese momento, recordé el accidente y también que estaba con mi amiga. Necesitaba saber que ella estaba bien, ya que el accidente pasó por mi culpa. Levanté mi cuerpo despacio y cuando llegué al borde de la camilla, me agarré con fuerza a las sábanas y bajé las piernas al suelo.

—Quédate en la cama —dijo una voz conocida y dejé de moverme—. Necesitas recuperarte, ¿a dónde quieres ir?

—Raúl... ¿Qué haces aquí? —Solté la sábana.

—¿Cómo te sientes? —Escuché pasos acercándose—. Estamos

preocupados todos.

—¿Todos? —levanté la cabeza y sentí su mano acariciando mi rostro.

—Tus padres están aquí. —Retiró la mano.

—¿Los has llamado? —pregunté molesta—. No quiero que me vean así.

—Llevan aquí andando como unos zombis. —Tomó mi rostro en sus manos—. Pensé que te había perdido. Ver cómo chocaste contra ese coche...

—¿Estabas allí? —pregunté sorprendida.

—Quería verte, Angélica. Necesitaba hablar contigo...

—¿Cariño? —preguntó mi madre y suspiré.

Ya no podía decir nada más, no quería que mi madre me viera así. La última vez que hablé con ella me dijo que tenía que cuidarme más y que si no lo hacía, vendría a vivir conmigo.

Lo único que deseaba era dejar todo atrás y seguir con mis planes. Terminar la carrera y viajar era lo único que necesitaba hacer. Algo me decía que estaría mejor sola y alejada de todos.

Mis padres sufrían mucho, lo sabía porque sus llamadas eran casi a diario. Los había dejado solos, y eso me hacía sufrir aún más.

Venían a visitarme, pero no era lo mismo. Cuando vivía con ellos, sus rostros mostraban felicidad. Ahora solo veía tristeza y a pesar de que intentaba animarlos, no lo conseguía.

Quería olvidar y empezar de cero, pero parecía que el pasado se empeñaba en perseguirme a todos lados.

—Luego hablamos —dijo Raúl y besó mi mejilla.

Su comportamiento era extraño, parecía otra persona. No quedaba nada del Raúl que había conocido hace años, el que me retaba todos los días, el que me hablaba mal y me hacía enfadar. Él había cambiado, pero el amor seguía allí, recordándome que lo amaba con locura.

Escuché la puerta cerrándose y mi madre se sentó a mi lado.

CAPÍTULO 7



—No llores, mamá. —Estiré una mano y ella la tomó enseguida—. No me gusta hacerte sufrir.

—Pues vuelve a casa. —Frotó mi mano con suavidad—. Mira lo que te pasó.

—Estoy bien.

—Tienes la vista afectada y puede que... —ahogó un suspiro.

—Mamá, por favor.

—Tu padre está muy preocupado. —Se sonó la nariz—. Él sabe perfectamente qué se siente cuando tus ojos no pueden ver.

—Mamá, no exageres. —Me estiré en la cama—. No fue un accidente grave.

—¿No fue muy grave? —levantó el tono de voz—. Tu amiga está...

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, y al escuchar silencio me asusté—. ¿Mamá?

—Lo siento... —dijo suavemente—. Tu amiga está en coma. No llevaba el cinturón de seguridad puesto y se golpeó la cabeza.

—No... —Toqué la venda que cubría mis ojos.

Sentí un escozor y seguramente se debía a las lágrimas que querían salir de mis ojos.

Mi amiga estaba en coma por mi culpa.

—Esto es por mi culpa...

—No, hija...

—Sí, mamá. —Tragué saliva, quería llorar y no podía.

—Hija, no tenía que decírtelo. Tu estado es delicado.

—Quiero hablar con el médico... —Me levanté de la cama de golpe y sentí un ligero mareo.

—No te levantes de la cama —ordenó mi padre—. Túmbate.

—Pero, papá...

—Pero nada. No pienso quedarme con los brazos cruzados otra vez. — Escuché cómo arrastraba una silla—. Cuando huiste de casa, tu madre no me dejó ir a buscarte. Me aseguró que estarías bien —habló con cierto tono enfadado—. Y ahora puede que tus ojos... puedes quedarte ciega. ¿Eres consciente?

—Mhm...

Cuando mi padre se enfadaba, lo único que intentaba hacer era no llevarle la contraria. Muchas veces nos hemos peleado, a ninguno nos gustaba ceder, y eso fue siempre un problema.

—Voy a hacerle caso otra vez a tu madre —dijo él con cuidado—. Si fuera por mí, te llevaría de vuelta al pueblo.

—No quiero volver allí. Tengo que terminar mi carrera.

—No vas a volver y como el trabajo nos impide quedarnos aquí contigo... —escuché un gruñido por parte de mi madre.

—¿Qué pasa? —pregunté intrigada.

Me sentía impotente con los ojos vendados. No podía ver sus gestos o sus expresiones, y eso frustraba bastante.

—Alguien se encargará de tu cuidado —aseguró mi padre.

—No lo hará, Noah —dijo con enfado mi madre.

—Estas son mis condiciones —pronunció—. Si no las cumple, volverá al pueblo con nosotros.

—Noah, por favor. No sabes qué pasó de verdad y él...

—No hay más que hablar, Ingrid —dijo decidido—. Él la cuidará.

—No...

—¿Mamá? —pregunté en el medio de la discusión—. ¿Qué pasa?

—Escucha y no te enfades —murmuró mi madre.

—Bien, dime qué pasa.

—Raúl se ofreció llevarte a su casa y...

—¿Qué? —Aparté las sábanas—. No iré a ningún sitio con él —grité—. No lo haré, no puedo, mamá... Y tú lo sabes.

—Lo sé, hija mía, lo sé. —Tocó mis piernas para tranquilizarme—. Él ha cambiado, Angélica.

—Mamá... papá... no quiero ir con él... —Empecé a temblar de rabia e impotencia.

—Entonces volverás al pueblo —aseguró mi padre.

—No lo haré —grité—. Aquí tengo amigos, aquí es mi vida... —Me quedé pensativa—. Tengo amigos que me pueden cuidar. Quiero que llames a alguien, papá.

—¿A quién?

—A Mateo, mi amigo. Me puedo quedar en su casa.

—Dime el número...

Le dije el número a mi padre y rezaba en silencio para que contestara.

—Toma —dijo mi padre y depósito el móvil en mi mano derecha.

—¿Mateo? —pregunté yo.

—Hola, guapa —contestó él alegre—. ¿Pasa algo? ¿Por qué me llamas a esta hora?

—Tuve un accidente de coche...

—¿Estás bien? —preguntó con voz queda.

—Parece que sí, pero Gema no —dije con voz trémula.

—Angélica, lo siento mucho. Yo... joder, yo estoy de viaje.

—¿Qué? Ayer estabas aquí.

—Mis padres me regalaron un viaje por mi cumpleaños y...

—¿No estás aquí?

—No, lo siento de verdad. Volveré dentro de unos días.

—Está bien... —dije con desilusión—. Pásatelo bien.

—Llámame estos días. Te quiero mucho.

—Yo también —suspiré.

—Elige, Angélica —dijo mi padre serio—. O te vas con Raúl o vienes con nosotros.

En ese momento, toda mi infancia paso por delante de mis ojos vendados. Recordé todas mis peleas con Raúl y todos los momentos en que deseé que me tratara de otra manera.

Mi amor hacia él creció con fuerza, pero ese amor estaba en peligro de convertirse en odio.

No quería odiarlo y por eso me fui.

—Supongo que me iré con Raúl —dije bajito y mi madre me abrazó.

—Perfecto —dijo mi padre—. Iré a buscarlo —avisó y salió por la puerta.

—Lo siento mucho, hija —susurró mi madre—. Tu padre está muy molesto y no quiere escucharme. Te quiere mucho y se asustó, no desea perderte.

—No pasa nada, supongo —murmuré.

—Sé que lo sigues amando y vivir ahora con él y su novia...

—Su novia... —Recordé a esa odiosa chica y suspiré.

El destino se empeñó en mantenerme cerca de Raúl, en hacerme sufrir de nuevo. Estar a su lado y no poder tenerlo sería volver al pasado.

Lo tendré que ver todos los días, sentirlo cerca todos los días y aunque estaba acostumbrada verlo en mis sueños no podía negar el hecho de que mi corazón le pertenecía.

CAPÍTULO 8



Mis padres se habían ido, me dejaron descansar un rato, pero solo recordaba el accidente. Necesitaba saber cómo se encontraba mi amiga, me sentía culpable de su estado. Estaba en coma por mi culpa, y eso me dolía mucho.

Me levanté de la cama y cuando pisé el suelo con mis pies descalzos, sentí un escalofrío.

El suelo estaba frío y me senté enseguida para buscar con los pies algunos zapatos.

Me sentía impotente sin vista y entendía perfectamente lo que sintió mi padre todos los años que estuvo ciego. Había una posibilidad de quedar ciega, y eso me inquietaba porque cambiaría mi vida por completo.

—Vuelve a la cama, Angélica —ordenó Raúl—. Necesitas descansar.

—¿Qué haces aquí? —gruñí y me senté de mala gana.

—Tu padre me dio la buena noticia —contestó y escuché sus pasos acercándose.

—Quieres decir la mala noticia.

—Angélica... —La cama se movió—. No digas eso. Solo quiero ayudarte.

—¿Por qué? —Giré la cabeza—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años?

—Hay una respuesta a tus preguntas, pero ahora no es el momento adecuado. —Sentí su mano encima de la mía—. Hablé con el médico y podrán venir a revisarte a mi casa.

—Raúl... —Retiré mi mano—. Tú tienes tu vida. Tienes una novia y...

—Shhh. —Colocó un dedo sobre mis labios secos—. Es una vida de mentira, una que no deseo tener. —Retiró el dedo y acarició mi mejilla—.

Perdí a mi ángel...

—Raúl, por favor, vete —dije con dolor.

Sus caricias me mataban por dentro y su voz me ponía nerviosa.

—¿A dónde querías ir? —Se levantó de la cama.

—Quería saber qué pasa con mi amiga. Ella está...

—En coma, lo sé. Si quieres, hablaré con el médico o con sus padres —dijo suavemente—. Quédate en la cama, por favor.

—Está bien. —Me estiré en la cama y él me cubrió con la sábana.

—Me alegro de que estás bien. No quiero perderte otra vez. —Me dio un beso en la frente y se quedó así unos segundos.

Su respiración me hacía cosquillas en las mejillas y su perfume me llevó de vuelta al pasado.

—¿Te gusta el perfume? —pregunté con entusiasmo.

—Huele mal —gruñó poniendo una expresión asqueada—. No me gusta. —Tiró la botella encima de la cama.

—A mí me gusta y si no lo quieres, me lo llevo. —Me acerqué a la cama y cuando lo agarré con la mano, Raúl me atrapó en sus brazos.

—Mejor me lo quedo —susurró en mi cuello—. Es un regalo y no se devuelve. —Sentí un ligero cosquilleo.

—Suéltame, Raúl, o gritaré —advertí.

—Hazlo, tus padres pensarán que estamos jugando.

—Gritaré. —Me giró para mirarme.

—¿En serio? —Enarcó una ceja—. ¿Y por qué no lo haces?

—Idiota. —Lo empujé y salí corriendo de su habitación.

—No te gustaba este perfume —murmuré, y él se alejó.

—Mentí, Angélica —suspiró—. Mentí muchas veces...

—¿Por qué? —pregunté, pero no recibí respuesta—. ¿Raúl? —Estiré una mano—. ¿Sigues aquí?

—Sí, vuelvo enseguida. —Escuché la puerta cerrándose.

En ese momento deseaba llorar, pero no podía, la venda me lo impedía. Su voz sonó muy triste y algo me decía que él también sufrió, que él también se arrepentía de no actuar en su momento.

Lo amaba tanto que me dolía y no poder verlo me mataba poco a poco. Era como si después de tantos años el amor cegó mis ojos y abrió más fuerte mi corazón.

Agarré con fuerza la sábana, necesitaba desahogarme de una manera.

Cubrí mi cabeza y grité fuerte. Era un grito de dolor que murió ahogado en un silencio profundo.

Un grito que pedía ayuda, un grito que pedía alivio y descanso.

CAPÍTULO 9



Escuché un ronquido y me desperté.

Quise abrir los ojos, pero la venda me lo impidió. Estiré las manos para intentar agarrarme a algo y cuando toqué la lámpara, esa cayó al suelo y alguien retiró una silla.

—Estás despierta —dijo Raúl.

—Sí, tengo mucha sed —murmuré y quité la sábana que cubría mi cuerpo—. Tengo calor, me duele el cuerpo... No aguanto más tiempo en esta cama.

—Toma —dijo y agarró mi mano derecha.

Depositó un vaso de plástico con un líquido frío.

—Es zumo. Si quieres agua, iré a la cafetería y...

—No, está bien. —Bebí el vaso entero de un trago—. Gracias.

Tomó el vaso y luego se sentó a mi lado.

—¿Y mis padres? —pregunté e intenté peinar mi pelo con los dedos.

—Están descansando en mi casa —contestó y agarró mi mano—. Hay un peine aquí. Yo puedo hacerlo.

—No quiero que lo hagas, Raúl. Solo quiero que te alejes de mí. —Agaché la cabeza.

—¿Por qué quieres huir otra vez? —En vez de soltar mi mano, la acercó a sus labios y la besó—. Sé que te traté mal, pero prometo no hacerlo otra vez. Nunca supe lo que sentía por ti hasta que te perdí. Intenté encontrarte en cada recuerdo y cuando te fuiste, aquella fue la primera vez que sentí la urgente necesidad de que el mundo se detuviera. Necesitaba comprender lo que estaba sucediendo.

—Raúl, no sigas hablando, por favor. No sabes cuánto duele esto.

—¿No lo sé, Angélica? —preguntó indignado—. Me abandonaste cuando más te necesitaba. Estaba perdido, no tuve el valor de luchar por

ti. Lo sé ahora.

—Me tratabas mal. Siempre lo hiciste. Empecé a odiarte...

—Lo sé y te pido perdón.

—Es demasiado tarde. Tienes una vida mejor ahora.

—¿Eso crees? Si tengo dinero, no significa que esté feliz. Si tengo dinero es por mi trabajo, por mis obras, y en todas sales tú. Puede que no se vea tu rostro, pero cada cuadro tiene un significado, un sentimiento triste o alegre.

—Son hermosos los cuadros. Me gusta el arte.

—Lo sé, y por eso decidí hacer esta carrera.

—Estoy cansada —mentí.

—Intenta descansar, yo me quedo aquí por si necesitas algo.

—Mejor vete. Seguramente, tu novia te echa de menos.

—No lo creo —dijo con amargura—. Está en un crucero con sus amigas. Y, sinceramente, no me importa.

—No me gusta esto. Prefiero quedarme en un hotel que en tu casa.

—No tienes otra opción. Ya tengo preparada tu habitación.

—¿Está cerca de la tuya?

—Más o menos.

—No quiero escucharos por la noche...

—¿Qué te hace pensar que dormimos juntos?

—No lo sé, ¿el hecho de que sois novios? —pregunté.

—Solo tenemos un trato. Está conmigo solo por el dinero. Ella, en realidad, es lesbiana.

—¿Qué? —pregunté bastante sorprendida.

—Su padre le dijo que si no encuentra un novio, la deja sin dinero. Me propuso el trato y acepté.

—¿Por qué aceptaste? ¿Hay mucho dinero involucrado?

—Supongo, no lo sé.

—Entonces, ¿tú qué ganas? —Sentí sus manos tocando mis piernas.

—Te dije que las respuestas te las daré en otro momento, Angélica. Ahora descansa. —Acarició mis piernas y me tranquilicé.

Hace años esas caricias podían significar mucho y podían alimentar con más fuerza mi cariño hacia él. Ahora simplemente me encendían, me hacían desear tocarlo de la misma manera.

—Sigues igual de hermosa —susurró—. Me enseñaste cosas bellas y

me enseñaste que soñar no es una pérdida de tiempo. Me hiciste apreciar las cosas simples y me mostraste el mundo con otros ojos. Estoy así gracias a ti, pequeño ángel. Sabes... —Dejó de acariciar mis piernas para tocar mis manos—. Aún tengo guardado el pequeño ángel que dibujaste para mí.

Recordé ese día, ya que fue el más hermoso que pasé a su lado.

—Tengo un regalo para ti. —Raúl me miró intrigado.

—¿Me gustará?

—Depende...

—¿Qué es?

—Es un dibujo. Es un ángel de la guarda. Lo dibujé para que te cuide en los días que más lo necesitas.

—Gracias, Angélica. Sabes que me gusta dibujar. Lo guardaré en mi cuaderno. Es muy bonito. —Besó mi mejilla.

—Fue el mejor día que pasé contigo —murmuré.

—Sin duda lo fue. —Besó mi hombro derecho—. Me gusta el tatuaje. —Acarició mi hombro con sus dedos—. Este ángel nos cuidó y nos volvió a juntar. —Me dio otro beso—. Todos mis cuadros llevan este ángel porque eres parte de mí.

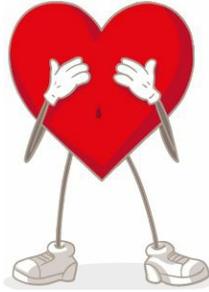
—Raúl...

—Shhh, intenta descansar un poco. Mañana vendrá el médico a revisarte y te dará las informaciones que necesitas de tu amiga.

—No te vayas —susurré—. No me dejes sola.

—Nunca más.

CAPÍTULO 10



—Te voy a quitar las vendas, Angélica y te pido que mantengas los ojos cerrados —dijo el médico—. Es solo para una revisión.

—Está bien —contesté y me quedé quieta—. ¿Dolerá?

—Ya no. Conseguimos sacar los cristales a tiempo.

Cortó con la tijera la venda y cuando me la quitó sentí un gran alivio. Con algo húmedo limpió mis párpados y luego los secó con una gasa.

—Puedes abrirlos despacio. Las luces están apagadas —avisó él.

Parpadeé lento intentando abrirlos, sentía los ojos llorosos y llenos de arena.

—Me pican los ojos —murmuré.

—Es normal. Dime, ¿ves algo?

—La verdad es que no —contesté extrañada.

—Encenderé la luz —avisó.

Cuando la luz inundó la habitación, sentí un fuerte dolor de cabeza.

—Ah... —Cerré los ojos.

—Mantén los ojos cerrados. —Apagó la luz.

—¿Qué pasa? —Me levanté de la cama.

—Parece que tus ojos siguen sensibles. Tenemos que operarte otra vez. Puede que haya algún trozo de cristal...

—¿Operarme?

—Sí, no es una operación complicada. —Tomó mi mano y me ayudó a sentarme—. Pero tendría que ser dentro de unos días.

—¿Me quedaré ciega? —pregunté susurrando.

—No te voy a mentir. Existe esa posibilidad, lo siento mucho. Haremos todo lo posible para impedirlo.

—Gracias. —Me estiré en la cama—. ¿Cómo está mi amiga?

—Sigue en coma. Estamos esperando los resultados de las pruebas.

Necesitamos saber si hay alguna hemorragia cerebral o una lesión.

—¿Su estado mejorará? —preguntó preocupada.

—Esperemos que sí. Voy a dejar la luz apagada y dentro de unas horas vendrá una asistenta para limpiar tus ojos y ponerte otra venda —explicó—. Intenta dormir un rato.

—No creo que pueda. Llevo más de dos días en esta cama.

—Pues intenta no abrir los ojos. —Abandonó la habitación.

Me quedé sola en una oscuridad que pronto podría acompañarme todos los días. Necesitaba encontrar fuerzas para prepararme mentalmente. Quedarme ciega a esa edad no era fácil de aceptar. Tendría que hablar con mi padre, él podía darme algún consejo de cómo aceptarlo.

La puerta se abrió y alguien entró.

—¿Estás durmiendo? —preguntó Raúl.

—No, no puedo.

—Hablé con el médico. —Se sentó a mi lado—. Lo siento mucho.

—Voy a quedarme ciega.

—Aún no se sabe. —Agarró mi mano derecha—. Lucharé a tu lado, no te dejaré sola nunca más.

—Eso dices ahora, pero si me quedo ciega, me abandonarás. —Cerré los ojos con fuerza y sentí dolor.

—Que tú me abandonararas no significa que yo también lo vaya a hacer. —Estrechó mi mano—. No sabes cuánto sufrí intentando salir de las peleas. No querían dejarme ir, y tuve que huir. Llegué a esta ciudad sin nada y te busqué todos los días. Me había enterado de que estabas estudiando en la universidad de arte y decidí apuntarme yo también. Por más de tres años te veía casi todos los días. Algunos días estabas feliz y otros no tanto. Te vi muchas veces llorando, y esos fueron los días más tristes de mi vida. Sabía que llorabas por mí porque mi alma también lloraba por ti.

—Raúl, tengo los ojos húmedos y no quiero llorar —susurré.

—Supongo que no es el momento para hacer confesiones. —Besó mi mano—. Pero es el momento de admitir que no podemos estar uno sin el otro. —Se levantó de la cama—. Saldré un segundo para hacer una llamada. Les prometí a tus padres que en cuanto tuviera alguna noticia los llamaría.

—Diles que los quiero mucho, y dile a mi padre que necesito hablar con él.

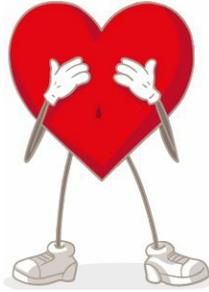
—Por supuesto.

Cada vez que me hablaba, los recuerdos del pasado se hacían hueco entre nosotros.

Había sufrido tanto como yo, pero nuestro amor era peligroso. Llegué a un punto de odiarlo, y eso era algo que me preocupaba.

Me había tratado muy mal todos esos años y aún no podía creer que hubiera cambiado.

CAPÍTULO 11



—Aquí estamos, cariño —dijo mi madre con alegría.

—Hola. —Estiré las manos para recibir un abrazo, lo necesitaba.

—¿Cómo estás? —Me abrazó y besó mi frente—. Raúl nos contó las noticias.

—¿Estás aquí, papá? —pregunté bajito.

—Sí, Angélica. Estoy aquí —suspiró.

—¿Pasa algo? —Mi voz apenas se escuchó—. ¿Por qué no me hablas?

—Voy a salir un momento, cariño —avisó mi madre.

—Está bien...

Se cerró la puerta y mi padre se sentó a mi lado, en la cama.

—Yo nací ciego. Toda mi vida luché por ser normal y por ser como las demás personas... y cuando vi a mi madre por primera vez, lloré de felicidad. La vida te regala momentos especiales cuando menos te lo esperas. —Tomó mis manos—. Tu madre y tú... —Hizo una pausa—. El mayor regalo que recibí en esta vida fuisteis vosotras... no la vista. Importante es tenerlas a mi lado, no verlas todos los días.

—Papá...

—Escúchame con atención. Nadie te dejará sola, estaremos a tu lado pase lo que pase. —Besó mis manos—. Tu madre y yo te queremos mucho... —Dejó de hablar porque seguramente estaba llorando.

—Gracias, yo también os quiero mucho.

—Es duro ver a mi niña así... —susurró para sí mismo.

—Fui una tonta por haber huido de casa. Tenía que haberme quedado.

—No, Angélica. Tu madre y yo hemos hablado mucho desde que te fuiste y entiendo muy bien tus razones. Pero lo que no entiendo es por qué te empeñas en mantener a distancia a Raúl. Tuvisteis vuestras peleas

o lo que sea, pero en cuanto te fuiste, él dejó todo y salió a buscarte. Nos pidió permiso y nos aseguró que te encontraría pasara lo que pasara.

—Me asusté, papá. No sabía qué hacer, y la mejor opción para mí entonces fue huir.

—Ahora os podéis perdonar y...

—Papá, por favor no sigas. No quiero hablar de Raúl. Aún no estoy preparada. Puede que me quede ciega y no quiero ser un estorbo para nadie.

—Angélica...

—Déjalo, papá. —Apreté sus manos—. Por favor.

—Está bien, no quiero discutir otra vez contigo. —Se levantó de la cama—. Te hemos traído ropa para que te cambies. Te llevaremos a la casa de Raúl. Él no ha podido venir porque se ha ido al aeropuerto para recoger a su novia.

—¿Es seguro entrar? —preguntó mi madre.

—Sí, mamá —contesté sonriendo—. Necesito tu ayuda para vestirme.

—Os dejo solas —avisó mi padre al tiempo que salía de la habitación.

—¿Cómo estás, cariño? —Me ayudó a ponerme de pie.

—Confundida —contesté y levanté las manos—. Tantos sentimientos de golpe, tantos recuerdos.

—Te entiendo, hija, pero deja de huir, deja de esconderte. Tienes que ver las cosas de otra manera. Tienes que creer en el amor.

—No puedo, mamá. Realmente no sé lo que siento.

—Lo sabes, solo que no quieres aceptarlo. Tu corazón sufrió tanto que no sabe cómo salir a la superficie. Necesita un impulso, y estoy segura de que esto es justo lo que necesita.

—Mamá, no entiendes. Irme a la casa de Raúl es como meterme en la boca del lobo.

—Yo creo que es la cura que necesita vuestras almas. —Rió.

—Esto no es gracioso —gruñí y metí las piernas dentro de los pantalones.

—No es gracioso, es maravilloso, hija. El amor es único, y vosotros estáis destinados a estar juntos. Os habéis conocido de pequeños, os habéis enamorado y odiado al mismo tiempo. No podríais estar uno sin el otro, y cada vez que nombrabas su nombre, tus ojos brillaban. Si os habéis encontrado después de tantos años, estáis destinados a estar

juntos —finalizó cerrando la cremallera de mis pantalones.

—Muy hermoso, mamá, pero es mejor dejarme a mí tomar decisiones. Al fin y al cabo, es mi vida.

—Mhm, solo intenté darte un consejo. —Me agarró por el brazo—. Yo no dejaría escapar a un chico tan hermoso por fuera y por dentro. Es todo un bombón.

—¡Mamá! —exclamé indignada, y ella empezó a reír.

—Vamos, tu padre nos está esperando. Mmmm, otro bombón...

—Vale, ahora te estás pasando. —Reí.

—¿Por qué? Tu padre es muy guapo y tiene unos ojos...

—Yo creo que necesitáis tiempo a solas.

—Creo que tienes razón.

Aunque no sabía lo que iba a pasar las próximas semanas, estaba feliz de tener a mis padres cerca.

CAPÍTULO 12



—Hemos llegado —avisó mi madre y cuando el taxista paró el coche, ella me ayudó a bajar.

—¿Dónde estamos? —Me aferré a su brazo.

—Delante de la casa de Raúl —contestó.

—Ya lo sé, pero me refiero en qué zona de la ciudad. Hemos viajado mucho en el coche. —Empecé a caminar.

—No sé qué decirte, hija. No conozco muy bien la ciudad, pero me parece una zona muy tranquila y hermosa.

—Dios, cómo pesa esta maleta —se quejó mi padre—. ¿Qué metiste, Ingrid? ¿Un armario entero?

—Solo algo de ropa y algunos de sus cuadernos —contestó mi madre.

—Sabes que ahora no puedo leer, mamá. Necesitaré ayuda con los estudios.

—Lo sé, pero pensé que Raúl podría...

—Dejad de mencionar a Raúl —grité—. Por favor.

—Lo siento, hija, pero es que tu padre siempre se queja.

—En el hospital decías otra cosa —gruñí.

—Bueno, me entenderás cuando estés casada. Cuidado, que hay escaleras —avisó.

Subí las escaleras con cuidado y cuando llegué arriba, sentí un ligero escalofrío. No me gustaba la idea de vivir con Raúl y su novia.

—Subiré la maleta arriba —avisó mi padre.

Mi madre me ayudó a entrar y luego a sentarme en un sofá de piel. Intenté relajarme, pero la puerta de la entrada se abrió y me puse en alerta. Escuché varias pisadas, pero una más fuerte en particular. Unos tacones, y por cómo andaba, se notaba que estaba molesta.

—Espera, Elisa —gritó Raúl—. Déjame explicártelo.

—¿Explicarme qué? Me has llenado la casa de personas. Este no es un puto hotel.

—Esta es mi casa —contestó él enfadado—. Y puedo traer aquí a quien me da la gana.

—¿Tú casa? —Empezó a reír—. Piénsalo otra vez, Raúl. Te recuerdo que...

—¡Cállate! —rugió él.

—No me apetece —gritó y tiró algo al suelo—. Quiero que se vayan de aquí.

Mi madre me estaba apretando las manos, se sentía incómoda. Quería tranquilizarla, pero escuché otros gritos.

—Nadie se irá de esta casa, Elisa. Si no te gusta eres libre de irte. — Otra cosa cayó al suelo y se rompió.

—Oh, no... no, Raúl. Tenemos un trato, y lo vas a cumplir. —Su voz rasposa era insolente—. Me lo debes.

—Pues deja de gritar y sube a tu habitación —ordenó con tono de hierro.

Se escuchó silencio, y después unas pisadas fuertes de tacón. Ella se había ido y cuando abrí la boca para hablar, se escucharon pasos acercándose.

—¿Qué fueron esos gritos? —preguntó mi padre al bajar las escaleras.

—Lo siento, señor... —contestó Raúl—. Elisa está un poco molesta.

—Nosotros nos vamos —dijo mi madre poniéndose de pie—. No queremos molestar más. Angélica tiene un piso y...

—No, por favor —dijo Raúl en tono tranquilo—. Sois mis invitados.

—Mañana tenemos el vuelo para volver al pueblo —dijo mi padre sentándose a mi lado—. No queremos dejarte sola. —Tomó mis manos—. Si quieres volver con nosotros...

—Papá, tengo que quedarme aquí. Tengo la operación dentro de unos días.

—Lo sé, y estaremos aquí de vuelta.

—No os preocupéis, por favor —intervino Raúl—. Angélica estará muy bien cuidada.

—Confío en tu palabra, Raúl —dijo mi padre.

—Gracias.

—Voy a preparar algo de comer —avisó mi madre—. ¿Puedo?

—Por supuesto —contestó Raúl—. Hay de todo en la nevera.

—Voy contigo, cariño —dijo mi padre y después de besar mi frente se puso de pie—. Vamos a preparar tu comida preferida.

—¿Lasaña? —preguntó Raúl con entusiasmo.

—Eso es —le contestó mi madre—. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo no lo voy a recordar? —dijo él riendo—. Aún tengo las marcas del tenedor que clavó vuestra hija en mi pierna derecha.

—Ay, madre... —susurré—. Lo siento por eso.

—Fue divertido ver como la sangre no paraba de salir —comentó Raúl riendo.

—De verdad, lo siento...

—Es un recuerdo divertido y doloroso. —Se sentó a mi lado—. Me gustó ver tu rostro asustado cuando mi pierna no paraba de sangrar.

—Y tú bromeando que te ibas a morir —gruñí.

—Te asustaste y me gustó. Me di cuenta de que sentías algo por mí. —Acarició mi brazo izquierdo con sus dedos—. Pero fui un cobarde...

—Raúl, no quiero recordar el pasado.

—¿Por qué? —Dejó de acariciar mi brazo—. Hace parte de nuestra vida y no se puede borrar. Hay que superarlo y pensar que es una experiencia que el futuro aprovecha para perfeccionar y no equivocarse otra vez.

—Me duele recordarlo porque...

—Te hice mucho daño, lo sé —suspiró—. Déjame borrarlo y crear nuevos recuerdos. Recuerdos hermosos, alegres, especiales...

—No quiero que tu novia se enfade...

—¿Qué tiene que ver ella?

—Los gritos...

—Deja de pensar en eso de momento. Todo tiene una explicación. —Se puso de pie—. Voy a la cocina, ¿quieres que te traiga algo?

—No, gracias. —Dejé caer la cabeza hacia atrás.

Me sentía cansada, todo lo que había pasado en esa semana reventó mi cabeza. Sentía que los recuerdos me ahogaban, pero no quería perderlos o borrarlos. Con esos recuerdos llegué a quererlo y, aunque no quería reconocerlo, me gustaba recordarlos.

CAPÍTULO 13



—Nosotros nos vamos a dormir —avisó mi madre y besó mi frente.

—La comida estuvo muy rica, gracias. Me recordó a los fines de semana cuando venías a mi casa. Echo de menos esos días y las comidas de mi madre —dijo Raúl con cierta melancolía—. Mañana os llevará mi chofer al aeropuerto.

—Gracias, Raúl. —Escuché como se alejaban—. Quiero que cuides a mi hija. Necesita ayuda ahora con todo... Lo sé por experiencia.

—No se preocupe —contestó Raúl—. Yo la cuidaré perfectamente. Avísenme cuando quieran regresar.

—Por supuesto. Me pasaré a ver a tus padres estos días. Les diré que estás bien.

Sentí una mano en mi hombro y supe que era mi padre. Se agachó para darme un beso en la mejilla y aproveché para abrazarlo.

—Gracias por todo, papá. Te quiero mucho.

—Yo también, hija.

Escuché como mi padre subía las escaleras y supe que me había quedado sola con Raúl.

Su novia no quiso bajar a cenar con nosotros, dijo que no le apetecía comer, pero sabía que eso era un pretexto para no hablar con nosotros.

—¿Estás cansada? —preguntó Raúl—. ¿Te llevo a la cama?

—Si no te importa... —susurré y cuando me puse de pie, él me agarró por la cintura y tiró de mí.

Caí en sus brazos y me estreché contra su pecho.

—No te muevas —murmuró bajito—. Quiero disfrutar de este momento.

—Raúl, tu novia está arriba y...

—Y no me importa. Me importan más tus padres que ella. —Acercó su

rostro y olió mi cuello—. No has cambiado de perfume.

—Mejor me voy a la cama...

—¿De qué tienes miedo, Angélica? ¿Por qué huyes tanto? —Metió la cabeza en mi cuello y pegó sus labios a mi piel—. Huir de los problemas no es la mejor solución. —Besó mi cuello y gemí—. Pero no olvides que siempre te encontraré.

Me dio otro beso y agarré con fuerza sus brazos.

—Raúl... —susurré—. Para, por favor.

—Está bien. Te llevaré a tu habitación. —Me tomó en brazos y di un grito de sorpresa.

—Puedo andar —dije molesta—. Solo no puedo ver...

—No importa. No pesas nada. —Caminaba conmigo en sus brazos y me aferré a su cuello.

—Entonces, gracias.

—Para mi ángel lo que sea —dijo riendo.

Disfruté como una niña de ese acercamiento y me importaba muy poco que tuviera novia. Sentía que él era mío y estaba decidida a luchar por él. Solo que necesitaba tiempo para acostumbrarme con su cambio. Sus palabras eran bonitas, llenas de sensualidad, todo lo contrario a lo que me decía hace años. Siempre me trató mal, siempre me mantuvo a distancia, por eso siempre quise saber porqué lo hacía.

Cuando me dejó en la cama, tiré de su camisa y su rostro quedó pegado al mío.

—Necesito respuestas, Raúl. No podemos seguir así, no hasta que me digas por qué me tratabas mal. Llegué al punto de odiarte... —susurré y tomé su rostro en mis manos—. Por eso me fui...

—Hablaremos cuando recuperes tu vista. Quiero ver el brillo de tus ojos cuando te diga la verdad. El amor es un secreto que los ojos no saben guardar.

—Puede que no recupere la vista...

—Tengo fe en que la recuperarás. —Su respiración cálida me hacía cosquillas en los labios—. Estuviste lejos mucho tiempo, pero los recuerdos mantuvieron viva tu imagen. No podía tocarte, verte o besarte, pero podía sentir, y eso era lo único que me mantuvo vivo.

—Fuiste el primero en besarme —admití.

—Lo sé, y tú fuiste la primera chica a la que besé.

—Durante estos años no salí con nadie y...

—Lo sé, Ángela y créeme que si alguien intentaba algo contigo... — Sentí tensión en su voz y me alejé.

Lo había visto pelear y había visto cómo amenazaba a todos los que querían hablar conmigo. Su furia me asustaba siempre, y esa furia aún seguía viva en su interior.

—Aún me tienes miedo... —susurró—. No tenías que haber visto las peleas.

—¿Por qué peleabas? ¿Por qué tanto odio? —pregunté susurrando—. ¿Qué te faltaba?

—Descansa, Angélica —contestó bruscamente—. No quiero recordar eso ahora.

—Entonces... ¿no recibo mi beso de buenas noches? —Eché la cabeza hacia atrás esperando una respuesta suya.

No contestó y tampoco se acercó. No sabía qué estaba haciendo, pero empezaba a sentirme como una estúpida.

—Buenas noches, Raúl. —Cubrí mi cuerpo con la manta y sentí cómo la cama se movió.

—Todas las noches recibirás tu beso. —Agarró mi mano y la estrechó. Sentí un ligero temblor por su parte y giré la cabeza.

—Solo que me tomaste por sorpresa y no supe qué hacer —reconoció—. ¿Tengo permiso para besarte?

—Eres el dueño de mis labios...

Raúl lamió la piel sensible justo debajo de mi oreja, haciéndome temblar. Luego me besó suavemente, apretándose contra mí. Su lengua abrió mis labios y tomó de mi boca lo que no podía tomar de mi cuerpo.

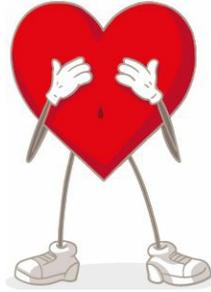
Rompió el beso y acarició mis labios.

—Y tú eres la dueña de mi corazón —susurró bajito con los labios pegados al pulso de mi garganta—. Buenas noches, ángel, y dulces sueños.

Se levantó de la cama y escuché como sus pasos se acercaban a la puerta.

Cuando cerró la puerta, tomé aire. Ese beso fue como una confesión, como si quisiera decirme todo lo que tenía callado y no podía negar el hecho de que mi corazón se encogió y vibró. Fue intenso, y me dejó sin respiración.

CAPÍTULO 14



Mis padres se habían ido muy temprano, pero entraron a despedirse y me dijeron que volverían para cuando tuviera la operación.

Hacía mucho calor en la casa y necesitaba sentir un poco de aire fresco. Me levanté de la cama y busqué con las manos la ventana.

Cuando conseguí abrirla, respiré hondo varias veces. Me ahogaba en esa casa, me sentía atrapada, era como si me tuvieran encerrada.

Necesitaba hablar con mi amigo Jandro, saber cómo estaba Gema y saber qué era lo que sentía Raúl.

Me sentía indefensa con los ojos tapados y, aunque no quería admitirlo, también inferior.

—¿Puedo pasar? —preguntó Raúl y giré la cabeza.

—Buenos días. —Escuché pasos acercándose.

—Buenos días, ángel —contestó y me atrapó en sus brazos.

Olía tan bien que no dudé en apoyar mi cabeza en su pecho.

—¿Dormiste bien? —preguntó susurrando.

—Sí... ¿Y tú?

—No quiero mentirte. —Besó mi frente—. Dormí fatal.

—Yo...

—Tengo que irme a la galería. —Tomó mi rostro en sus manos—. No tardaré mucho. Quiero que te quedes aquí. Puedes caerte por las escaleras o...

—Estaré bien. —Lo interrumpí—. No seas tan paranoico.

—Cuando vuelva quiero que me digas qué es lo que tienes que estudiar para ayudarte. Hablaré con la dirección de la Universidad para que puedas dar los exámenes a tiempo. Les explicaré tu situación y no tendrás que repetir el año.

—No tienes que hacer todo esto.

—Quiero hacerlo, déjame hacerlo, Angélica. —Pegó su frente a la mía—. Déjame cuidarte, no quiero perderte otra vez.

—No lo sé. Todo esto pasa muy rápido y no sé si estamos haciéndolo bien.

—Deja de pensar y déjate llevar por los sentimientos. —Besó mis labios suave y lento—. Déjate llevar por la pasión. —Me besó otra vez—. Déjate llevar por el deseo.

—Lo intentaré, pero...

—Shhh. —Colocó un dedo sobre mis labios—. Deja de protestar. Siempre lo hiciste, siempre me llevabas la contraria. —Rió bajito—. No has cambiado nada.

—Pero tú sí que has cambiado y no puedo leerte. Eres como un extraño.

—Un extraño renovado. Uno que dejó atrás la maldad y el odio para reemplazarlos con amor y cariño. Solo te pido paciencia. —Me abrazó—. Vuelve a la cama. No tardaré. —Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Me metí en la cama y toqué mis labios.

Me gustaban sus besos, sabían a vida. Sonreí al recordar nuestro primer beso, sabía a salado y a sudor.

Aún no tenía muy claro qué fue lo que le impulsó a pelear y cómo consiguió salir de ese entorno. Y pensé que era hora de contactar a mis amigos del pueblo. Ellos podían facilitarme algunas respuestas.

La puerta se abrió y sonreí, pero al escuchar pisadas de tacón, me tapé con la manta y gruñí.

—¿Qué haces aquí, Elisa?

—¿Qué haces tú en mi casa? —preguntó gritando y tiró de la manta—. Te quiero fuera ahora mismo.

—No puedo irme. ¿No ves que soy prácticamente ciega? —Le contesté gritando.

—No me importa. —Agarró mis piernas y empezó a tirar—. Raúl es mío, ¿entiendes?

—No, no lo entiendo. Eres lesbiana. —Me solté de su agarre—. Fuera de aquí.

—Veo que Raúl te contó algunas cosas, pero nosotros tenemos un arreglo, y tiene que cumplirlo.

—No quiero saberlo.

—Te conviene saberlo —gritó—. Sin mí él estaría deambulando por la calles. Así lo encontré... —Hizo una pausa—. Pidiendo dinero delante de un supermercado. Lo llevé a mi casa, le di de comer y le di una razón para vivir. Tiene éxito gracias a mis contactos y a mi dinero. Dinero que me tiene que devolver. En cuanto nos casemos recuperaré la fortuna de mi padre. —Me agarró por el brazo—. Tú aquí sobras. —Tiró con fuerza y clavó sus uñas en mi piel.

—¡Suéltame! —bramé.

—Me contó lo vuestro. —Se sentó a mi lado—. Me contó cómo lo abandonaste y lo dejaste tirado cuanto más te necesitaba. —Sentí su mano en mi mejilla y di un respingo—. Eres muy guapa... —susurró—. Entiendo por qué lo volviste loco.

—Vete de aquí. —Empecé a temblar.

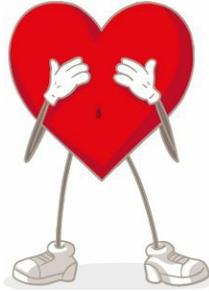
Necesitaba llorar, pero no podía. Necesitaba salir huyendo, pero no quería, no quería abandonarlo otra vez. Ella tenía razón, lo había dejado tirado justo cuando estaba perdido.

Quizás era mejor desaparecer para siempre y dejarlo tranquilo.

—Esto no se queda aquí —amenazó—. Te irás a la calle sola, ¿entiendes? —Me agarró por la barbilla y me dio un beso en los labios—. Sabes bien... Sabes a Raúl. —Se levantó de la cama y salió por la puerta dejándome destrozada.

No sabía qué hacer, no podía salir así a la calle. Me tapé con la manta y decidí quedarme tranquila y esperar a Raúl. Ya había tomado una decisión y, aunque no le gustara, tendría que aceptarlo sí o sí.

CAPÍTULO 15



Abrí los ojos asustada. Los gritos de Elisa se escuchaban en toda la casa. Me había quedado dormida y no sabía si Raúl había vuelto. Alguien abrió la puerta y escondí mi cabeza debajo de la manta.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl con voz trémula y quitó la manta—. ¿Te hizo algo?

—Estoy bien. —Escondí rápidamente la mano.

Raúl se dio cuenta porque agarró mi brazo y después de unos largos segundos, maldijo él voz alta.

—Quédate aquí. —Su voz era tensa.

—Raúl, ¿qué vas a hacer? —pregunté, pero no recibí ninguna respuesta, él se había ido.

Me levanté de la cama y estiré las manos, eso de caminar con los ojos tapados era difícil.

Cuando conseguí llegar hasta la puerta, saqué la cabeza y me quedé tranquila. Los gritos se escuchaban abajo y gruñí de rabia, eso significaba que tenía que bajar las escaleras sola.

Caminé despacio arrastrando las manos por las paredes y, cuando sentí aire, me paré en seco.

Moví el pie de un lado a otro y luego di un paso. Me llevé un gran susto cuando bajé una escalera y me agarré con fuerza a la barandilla.

Bajé despacio y cuando llegué al pie de la escalera, los gritos cesaron. No sabía qué hacer o a dónde ir, solo me quedé esperando a que un ruido me guiara.

—No puedo seguir con esta tontería, Elisa. —Me senté en el escalón.

—Pues tendrás que hacerlo. Habíamos pactado que si te ayudaba, me devolverías el favor. Gracias a mí la tienes en la casa. —Sus palabras se repitieron como un eco en mi mente.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero hasta aquí.

—Ahora que la tienes, quieres abandonarme, pero no te lo voy a permitir. Tienes la obligación de casarte conmigo —vociferó y tiró algo al suelo.

—No me casaré contigo. Te doy dinero si quieres...

—No quiero tus euros, quiero mis millones. Recuerda que fui yo quien me acerqué a ese amiguito suyo, el marica, y fui yo quien lo invitó a la galería.

Empecé a subir las escaleras bastante tocada por las palabras de Elisa, pero otro ruido me detuvo.

—Te casarás conmigo, Raúl, si no quieres que le diga lo que hiciste —dijo como una amenaza—. ¿De verdad quieres que sepa por qué te fuiste de ese pueblo?

—¡Cállate! —gritó Raúl.

—Suéltame. No conseguirás nada con la violencia, aunque eso es lo que mejor se te da. —Escuché silencio—. Estabas deambulando por las calles, estabas pidiendo dinero... Te ayudé, joder.

—Lo haré —dijo Raúl, y sentí que mis piernas dejaban de sostenerme—. Me casaré contigo, pero te quiero fuera de esta casa cuanto antes.

Mi corazón saltó hasta la garganta y cada centímetro de mi cuerpo estaba temblando. Mis dedos se aferraron a la barandilla con fuerza, pero mi pulso no se ralentizó.

—Perfecto, mi amor. Ahora mismo llamaré a mis amigos para ir de compras. Tengo que encontrar el vestido perfecto. —Escuché pisadas y empecé a correr por las escaleras.

Tropecé y di un grito cuando caí de rodillas.

Sentí una mano fuerte agarrándome por la cintura y cuando me ayudó a levantarme, me solté y empecé a subir de nuevo las escaleras.

—Espera, Angélica —dijo Raúl y me atrapó en sus brazos—. ¿Qué escuchaste?

—¿Eso te preocupa? —pregunté extrañada—. ¿Lo que escuché? —Tomé aire para tranquilizarme—. ¿Qué escondes?

—Nada...

—Mientes, y no hace falta verte la cara para darme cuenta —dije con decepción—. Creo que es mejor si me voy de esta casa. No quiero pasar otra vez por lo mismo.

—No, Angélica. No es así —susurró y me abrazó con desesperación—. Yo no quiero perderte otra vez.

—Pues deja de mentir. —Me solté de su agarre—. Eso y tu mal comportamiento me alejaron. Habla conmigo si quieres que me quede.

—No puedo...

—Entonces me voy. —Me aferré a la barandilla—. Tampoco quería quedarme a convivir con ella. Espero que seáis felices ahora que os vais a casar.

—Por favor, no te vayas. —Sentí su mano encima de la mía—. No podré soportarlo.

—Llévame a mi casa.

—No lo haré, ángel, y ¿sabes por qué? —Llevó mi mano a sus labios y la besó—. Le prometí a tus padres que cuidaría de ti y me prometí a mí mismo que nunca más te dejaría ir.

—No lo hagas más difícil, Raúl. Lo nuestro es imposible...

—No lo es, nunca lo fue. —Me abrazó—. Elisa no te molestará mas, te lo aseguro, y yo estaré todo el rato contigo.

—Te vas a casar con ella...

—Solo por obligación, no tengo que vivir con ella.

—No lo entiendes, Raúl. Eres suyo...

—Mi corazón te pertenece, ángel, y eso es lo que importa. —Me tomó en brazos y empezó a subir las escaleras—. En cuanto tenga sus millones, le pediré el divorcio.

—No creo que sea tan fácil. —Me aferré a su cuello y metí la cabeza en su pecho, debajo de su barbilla.

—Nada se nos resistirá, te lo prometo. Y no te pongas muy cómoda porque tienes que estudiar. La semana que viene tienes dos exámenes.

—¿Lo conseguiste? —pregunté entusiasmada.

—Por supuesto. No tendrás que repetir el año. —Me dejó con cuidado en la cama y tapó mi cuerpo con la manta—. Iré a preparar algo de comer y después nos ponemos a estudiar.

—Espero que confíes en mí para contarme lo que hiciste... —susurré.

—Confío en ti, solo que no quiero hacerte daño. No tienes que saberlo...

—Ella lo sabe.

—Porque se me escapó. —Tomó mi rostro en sus manos—.

Hablaremos de esto más adelante. Hay más cosas que quiero confesar. — Sentí sus labios haciéndome cosquillas en la mejilla.

En una fracción de segundo, Raúl presionó sus labios con precisión sobre los míos, como si ese hubiese sido su objetivo de toda una vida.

Su boca era una maravilla y me estaba volviendo loca de deseo.

Se apartó de mis labios y apoyó su frente en la mía.

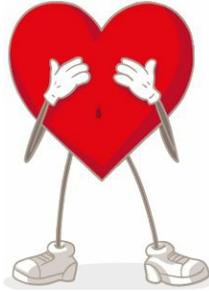
—Todos estos años estuve ciego... —susurró—. Ahora eres tú la que no ve, y eso duele muchísimo. Tu mirada decía mucho, era la única que me daba respuestas cuando más las necesitaba. Espero que no te cierres y que hables conmigo de lo que sea.

—Lo intentaré, y espero que tú también lo hagas. —Besó otra vez mis labios y se levantó de la cama.

—Iré a preparar de comer. Descansa un poco.

No escuché nada más, estaba tan exhausta que dejé que el sueño se apoderase de mi cuerpo.

CAPÍTULO 16



—Estoy cansada, Raúl. —Me quejé—. Para de leer, por favor.

—Está bien, creo que es suficiente por hoy. —Escuché cómo cerraba los libros—. Me llamaron del hospital esta mañana y quieren operarte dentro de dos días.

—¿Dijeron algo más? —Cubrí mis piernas con la manta.

—No, solo esto... ¿por qué? —Se sentó a mi lado en el sofá y encendió la televisión.

—No lo sé, tengo miedo —admití—. ¿Y si sale mal?

—Todo estará bien. —Tomó mi mano y la estrechó—. Y si no, nos apañaremos, ángel. No te dejaré sola.

—¿Sabes algo de mi amiga?

—Sigue igual, lo siento. —Soltó mi mano y se levantó—. Voy a la cocina un momento. ¿Quieres algo?

—No, gracias —contesté y metí la mano debajo de la manta.

Me sentía rara, eso de vivir en un mundo oscuro era algo nuevo para mí y no sabía qué hacer para que todo me resultara más sencillo. Mi padre me había dicho que uno al final se acostumbra y que con el tiempo acabas aceptándolo.

Escuché la puerta de la entrada abrirse y tragué saliva, esa tenía que ser Elisa.

—Para un poco, ¿quieres? —gritó un hombre y me extrañe.

—Necesito llegar al baño —dijo Elisa para después subir las escaleras—. Siéntate en el sofá —gritó.

Sentí pánico, pero intenté tranquilizarme.

—Hola —dijo el hombre y giré la cabeza.

—Hola —contesté justo cuando se sentó.

—Mi nombre es Fran —dijo él, y me mordí los labios.

—Soy Angélica —contesté y escuché pasos.

—¿Y quién eres?

—Es mi novia, Fran —dijo Raúl con frialdad y dejó algo encima de la mesa.

—¿Tu novia? —Se puso de pie—. Elisa me dijo que os vais a casar, no entiendo.

—No hay nada que entender, Fran. Este no es asunto tuyo.

—Elisa es mi amiga...

—Si es tu amiga, deberías saber lo que pasa.

Escuché silencio y pensé que el chico se había ido, pero su risa resonó en todo el salón, asustándome.

—Claro que sé lo que pasa... Tú ayudarás a mi amiga a que consiga su fortuna, y yo me aseguré de que así sea, Raúl.

—¿Me estás amenazando, Fran? ¿Olvidas con quién estás hablando?

—¿Crees que no te vi pelear? —Rió—. No me impresionas para nada. Ahora que lo pienso... ¿tu novia lo sabe?

—¡Cállate! —gritó Raúl y escuché un golpe.

—¡Para! —La voz de Elisa resonó en mis oídos—. No seas tan bestia, Raúl. No tienes que resolverlo todo con violencia.

—Fuera de aquí los dos —gritó él.

—No me grites, Raúl —dijo ella con voz fría y decidida—. Esta casa es también mía y puedo entrar y salir cuando me dé la gana.

—Llévate a tu amigo de aquí antes de que pierda el control.

—¿Lo harás delante de ella? Lo dudo, aunque no te vea, conseguirás asustarla.

—Elisa... —gruñó.

—Me voy, pero porque necesito encontrar el lugar perfecto para la boda. ¡Qué ganas tengo de casarme!

Todo eso me dejó bastante tocada, ese comportamiento de Raúl fue la única razón que me distanció de él. Pensé que había cambiado, pero me había equivocado, seguía siendo el mismo chico rebelde y problemático.

Yo allí no pintaba nada, solo hacía que las cosas se volvieran más tensas entre ellos dos.

—Nos vemos en la boda, Raúl —dijo Fran.

—No tardaré, mi amor —gritó Elisa—. Esta noche vengo acompañada

y necesito privacidad.

Sentí como Raúl se sentó a mi lado y moví mis piernas. Su respiración era pesada y cuando tocó mi mano, sentí que temblaba.

—Me quiero ir... —dije con voz queda—. Todo esto me afecta demasiado.

—¿Me vas a dejar otra vez?

—No fui yo quien te dejó, fuiste tú quien me apartó y quien me alejó. Ahora estás haciendo lo mismo. Habla conmigo, por favor. Dime qué pasa, estoy ciega, pero no tonta. Puedo darme cuenta de que me estás mintiendo.

—Te estoy protegiendo...

—¿De qué? —pregunté gritando—. No entiendo nada y todo esto no hace más que abrir cicatrices.

—Puede que tengas razón. Te llevaré a tu casa y llamaré a tus padres —dijo con frialdad y giré la cabeza—. Sigues teniendo miedo y sigues sin confiar en mí. Estás pasándolo mal y me duele verte así.

—Raúl...

—No digas nada... —Se puso de pie—. Iré a por tus cosas.

Mordí mis labios con fuerza para no gritar de rabia y dolor. No conseguía entenderlo y eso destrozaba mi corazón. En ese instante sentí que lo había perdido, y aquella era la segunda vez que ese sentimiento tan desgarrador tomaba mi cuerpo.

Puede que hubiera insistido demasiado y puede que lo hubiera presionado mucho más de lo que debía. Solo esperaba que esa no fuera otra despedida porque no podría soportarlo.

CAPÍTULO 17



—Ya tengo todas tus cosas —avisó Raúl y giré la cabeza—. Podemos irnos.

—Espera... —Él suspiró—. Estoy en pijama, no puedo salir así a la calle.

—Tienes razón, no me había dado cuenta. —Escuché una cremallera abrirse—. ¿Un pantalón y una camiseta? —preguntó y asentí.

—También unas bragas y un sujetador. —Me mordí los labios.

No quería irme, no así. Yo me sentía mal y él también, ese sufrimiento tenía que dejar de molestarnos. Si él quería cuidarme lo dejaré y esperaré a que hable. No quería abandonarlo otra vez, no quería huir de nuevo, ya que sería dejar de creer en mis sueños.

—¿Algún color preferido? —preguntó con voz estrangulada.

—Sí, rojo —contesté, y él gruñó.

Lo había recordado, y yo también.

—Suéltame, Raúl. —Intenté apartar sus brazos.

—No hasta que me digas qué color prefieres para tu ropa íntima. —Mordió con suavidad mi oreja—. Si no me lo dices, lo averiguaré yo mismo. Sería un placer quitarte los pantalones, Angélica. —Bajó una mano hasta mi entrepierna.

—No... espera... Me gusta el color rojo —admití y agaché la cabeza.

—Mi color preferido, ángel —susurró con los labios pegados a mi cuello y la mano acariciando mi sexo—. Esta noche soñaré contigo y con esas bragas rojas.

Dejé de morderme los labios para sonreír. Esos recuerdos me hacían enamorarme otra vez de él, y cada vez dolían menos.

—Estás sonriendo... ¿es por lo que pienso? —Sentí su mano en mi hombro—. Lo es, te sonrojaste, ángel. Tú también lo recuerdas.

—Lo recuerdo todo, Raúl. Ni un solo segundo de lo que hemos compartido se borró.

—Sabes, me empeñaba tanto en molestarte que no me había dado cuenta de lo mucho que... —Quitó la mano y suspiró.

—Raúl, habla... por favor. —Estiré una mano para tocarlo y él la atrapó enseguida.

—Solo te estoy confundiendo —dijo con dolor—. Tengo que casarme con Elisa...

—¿Por qué? —exigí—. ¿Qué pasa si no lo haces?

—Angélica, no quiero hablar más, por favor. —Tiró de mi mano y empecé a caminar—. Te llevo hasta la habitación de los invitados y te puedes cambiar de ropa allí.

—Mhm...

Caminé en silencio a su lado, pero podía sentir su temblor e impotencia. Deseaba verle el rostro y los ojos para saber si tenía razón.

Estaba segura de que él no quería dejarme ir. Dentro de él había una lucha, estaba intentando elegir entre ella y yo.

—Avísame cuando termines. —Tomó mi otra mano—. Aquí tienes la ropa. —La depositó con cuidado y tocó mi mejilla con los nudillos de su mano—. No tardes mucho.

—Espera. —Dejé caer la ropa para atrapar su brazo—. No puedo sola.

—Estoy seguro de que puedes... —Su voz sonó tan ronca que partió mi corazón en dos.

—Necesito que me abroches el sujetador...

—No...

—Y no quiero ponerme la ropa al revés. —Apreté mis dedos y sentí como sus músculos se tensaron.

—No puedo ayudarte... —susurró y tiró de su brazo.

—¿Por qué? —quise saber—. Dijiste que cuidarías de mí, que me ayudarías en todo, y ahora mismo te necesito.

—Mierda...

—Raúl...

—No puedo hacerlo porque sería una tortura para mí ver tu cuerpo y no poder tocarlo, sentir tu piel y no poder besarla. —Me tomó en brazos—. Mereces un amor que te haga ilusionarte, feliz y segura. Uno que evoque dulzuras y cielos atormentados, alborotos y nostalgias. —Apoyó

su frente en la mía—. No puedo darte esto ahora, te fallé... ángel.

—Estoy dispuesta a tomar lo que puedes darme —dije con voz trémula—. No quiero huir otra vez, no quiero perderte entre las sombras del pasado.

—¿Quieres quedarte? —preguntó en voz baja.

—Solo si tú quieres.

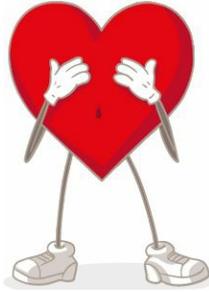
—Claro que quiero. —Me levantó en el aire—. No quiero dejarte ir. —Besó mis labios—. Pero eso significa que ya no me necesitas para cambiarte.

—Mmmm, puede que sí. —Sonreí—. No me siento cómoda con este pijama.

—Encantado de ayudarte a sentirte cómoda. —Besó mi cuello—. Deberíamos cerrar la puerta.

—Hazlo.

CAPÍTULO 18



—Deseo ver tus ojos, Raúl... —Deslicé mis dedos a través de su rostro —. Tu mirada siempre me ponía nerviosa.

—Ahora mismo estoy mirando fijamente tus labios, ángel. —Agarró el borde de mi camiseta con sus dedos.

—Yo intentaré verte mientras te toco. —Dejé de acariciar su rostro y me aferré a su cuello, pasando mis dedos por su cabello sedoso.

—Estoy mirando con deseo tus pechos firmes... —susurró y sonreí.

—Ya estoy un poco nerviosa y no sé qué hacer —admití y dejé de jugar con su cabello.

—Tan solo tienes que dejarte llevar. Déjame hacerte el amor, déjame mostrarte cuánto te quiero.

—¿Me quieres? —pregunté sorprendida y dejé de moverme.

—Por supuesto que te quiero y creo que es mejor contarte antes la verdad. —Me tomó en brazos.

Me depositó con cuidado encima de la cama y se sentó a mi lado.

—Siempre te amé. Me enamoré de tu sonrisa cuando te vi por primera vez. Me enamoré de tus travesuras cada día. —Acarició mi mejilla con sus dedos—. Me enamoré de tus hermosas palabras y de tu inocencia.

—No lo sabía...

—Te trataba mal, pero no me abandonaste. Estuviste a mi lado cuidándome una vida entera. Cuando te fuiste, perdí el rumbo y me arrepentí de no haberte dicho todo lo que sentía por ti, lo que significabas para mí, Angélica.

—¿Por qué no lo hiciste? No sabes cuánto esperé estas palabras...

—Lo sé y cada día que pasaba me sentía peor.

—¿Por qué me tratabas mal? —pregunté y él dejó de tocarme.

—Todo empezó cuando tenía diez años. —Me agarró por los hombros

y se recostó conmigo de modo que mi cabeza descansaba en su pecho—. Salí al recreo contento con mi bocadillo en la mano. Me senté debajo del único árbol que había y empecé a comerlo. Cuando una sombra se acercó por detrás, agarré con fuerza el bocadillo y giré la cabeza. Ese fue mi primer encuentro con Matías.

—Lo recuerdo. No paraba de molestar a los niños y siempre me empujaba —comenté.

—Sus acosos empezaron poco a poco. Los primeros días me robaba la comida, luego me quitaba las tareas y acabó con pegarme y grabarme con el móvil.

—Raúl...

—Nadie lo sabía, tuve vergüenza de hablar y, cuando cumplí los dieciséis años, me junté con Jacinto. Él me enseñó a pelear y me sentía poderoso cuando los dejaba a todos tumbados en el suelo. No quería arrastrarte hacia ese mundo, Angélica. Eras tan inocente y me amabas tanto... —Tragó saliva duro—. Intentaba mantenerte a distancia y te hablaba mal para que me olvidaras, para que dejaras de amarme. Pero cada palabra mía que te hacía daño y cada lágrima que derramabas me dejaron como un muerto viviente.

—¿Tus padres lo saben?

—Nadie lo sabe —confesó—. No se lo conté a nadie más.

—¿Todas esas peleas, todas esas salidas por las noches y todas esas borracheras fueron por esto? —pregunté—. Yo pensé que me odiabas...

—No, Angélica... Te amaba y te sigo amando.

—Te abandoné. —Levanté la cabeza—. Te dejé solo... Lo siento mucho. —Busqué su rostro con mis manos.

—No, soy yo quien tiene que pedir perdón. —Besó mis palmas—. Te hice daño.

—Tú también sufriste, Raúl. —Me estiré y le di un beso casto—. No te abandonaré nunca más.

—Y yo te diré todos los días cuánto te amo. —Me devolvió el beso y rodó conmigo en la cama.

Quedé atrapada debajo de su cuerpo y mi nerviosismo empezó a crecer. Era la primera vez que alguien me tocaba de esa manera y mi poca experiencia me echaba un poco hacia atrás.

Siempre había soñado y fantaseando con ese momento, pero nunca

había llegado.

—Estás muy nerviosa, y es normal, Angélica. Es tu primera vez, ¿verdad? —Presionó su dureza contra mi sexo y gemí de placer.

—Mhm...

—Intentaré hacerlo con mucho cuidado, ángel. Relájate y déjame desnudarte —susurró y asentí con la cabeza.

CAPÍTULO 19



Raúl se estiró a mi lado y posó las manos en mis hombros. Me abrazó y sentí los sutiles movimientos de su cuerpo frotándose contra el mío. Lo quería salvaje y espontáneo.

Descansé la cabeza sobre su pecho y lo envolví con mis brazos. Por fin sería mío por completo, y eso era algo que estuve buscando toda la vida.

Raúl inclinó la cabeza, rozándome el pelo con su aliento. Luego, me tomó el rostro entre las manos y lo colocó para que nuestras bocas se encontrasen. El beso fue abrasador. Me entregué por completo, poniendo mi corazón, y supe que nunca me cansaría de saborearlo.

Introdujo su lengua en mi boca, profundamente, mientras acariciaba mi espalda, hacia abajo. Sentí que mi mundo empezaba a girar vertiginosamente y me aferré a sus hombros.

Me agarró los glúteos y me apretó contra su cuerpo. Frotó su erección contra mi vientre y gemí acercándome más a él.

Mi corazón empezó a latir con más fuerza y me estaba sintiendo cada vez más vulnerable.

Desplazó sus manos más arriba posándolas muy cerca de mi sexo. El calor me excitó y sentí un deseo inmenso de tocarlo.

—¿Voy bien, ángel? —susurró en mi oído.

—Sí, no pares.

Mi piel ardía con sus caricias, lo deseaba y lo necesitaba. Me quitó la camiseta y acto seguido los pantalones, dejándome en ropa interior. En ese momento, sentí un alivio al tener mis ojos tapados. Sentí vergüenza, esa era la primera vez que él veía mi cuerpo desnudo.

—Eres hermosa, Angélica —susurró bajito—. Todos esos años vi cómo tu cuerpo cambió hasta convertirse en uno perfecto. Todas las chicas te envidiaban y los chicos querían tener un trocito de ti.

—¿Qué chicos? —pregunté extrañada.

—Eh... No importa. —Besó rápidamente mis labios—. Quítate el resto de la ropa mientras yo me quito la mía.

Se alejó y la cama se movió mientras él se quitaba la ropa. Hice lo mismo y desabroché el sujetador. Lo bajé lentamente por mis brazos y luego me quité las bragas. Sabía que me estaba mirando porque la cama dejó de moverse y cuando intenté taparme con las manos, me atrapó en sus brazos.

—Deja de esconderte, Angélica. Me gusta lo que veo, llevo años deseando tocarte y besarte.

—Esto no es justo...

—¿Por qué dices esto? —Apartó el pelo que cubría mi frente.

—Tú puedes verme, pero yo no puedo ver tu cuerpo —suspiré—. No puedo ver tus tatuajes y...

—Lo harás, ángel. —Besó mi nariz—. Tenemos toda una vida para esto.

—¿Y si no recupero mi vista? ¿Qué pasa si me quedo ciega?

—Deja de preocuparte...

—Me dejarás, ¿verdad?

—¿Cómo puedes decir esta tontería? —Agarró mi barbilla—. Nunca te abandonaré pase lo que pase, y eso es porque te quiero.

—Yo también te quiero, pero...

Calló mi boca con un beso, dejándome sin aliento. Con una mano trazó la línea que bajaba por mi esternón entre mis pechos. Me estremecí al sentir la caricia fresca de las yemas de sus dedos en la piel y deslicé mis manos por la musculosa espalda, arañándolo con suavidad.

Capturó un pezón entre sus dientes y mientras succionaba, pellizcaba el otro con los dedos.

Emití un gruñido, mi cuerpo ardía y lo necesitaba.

Sus labios bajaron por mi piel, mordisqueándola suavemente hasta que llegó a mi ombligo.

Su respiración cálida acompañaba a sus besos y el vínculo de pasión creció entre nosotros.

Me separó las piernas y mis caderas se elevaron justo cuando su lengua encontró mi clítoris. Mientras besaba y lamía mi punto sensible, deslizó un dedo en mi interior.

Gemí bajito y él se quedó quieto.

—¿Te hice daño? —preguntó preocupado.

—No, me gustó...

Poco a poco me relajé dejándome llevar por las nuevas sensaciones que experimentaba mi cuerpo.

Me moví con él, abriendo mis piernas y aprovechó mi estado de excitación para introducir dos dedos en mi interior.

Mis manos buscaron algo a qué agarrarse, pero mi cerebro dejó de pensar.

—Oh, Raúl...

Murmuró una respuesta intangible sobre mi piel y empezó a acariciarme con los dedos.

Sus gruñidos de placer aumentaban la intensidad del orgasmo que empezaba a gestarse en mi interior. No podía manejar tantas sensaciones y tanto placer. Era demasiado para mí.

—¡Dios! —exclamé—. Oh, Raúl...

Me incorporó y me abrazó, aunque mantuvo una mano posada sobre mi sexo para seguir acariciándome lentamente con el dedo.

—Dime que te ha gustado —susurró en mi oído.

—No tengo palabras para describir esto. Nunca pensé que pudiera ser tan intenso.

Él empezó a reír y se alejó. Escuché como abrió un cajón y un ruido de algo parecido a papel de regalos llegó a mis oídos.

—Supongo que no tomas anticonceptivos —dijo y me di cuenta de que se estaba poniendo un condón.

Cuando se sentó a horcajadas encima de mí, me tensé al instante.

—Iré muy despacio. —Besó mis labios.

Se hundió poco a poco, abriéndome despacio, deteniéndose de vez para que mi cuerpo se acostumbrara a la invasión. Después se retiró un poco y puso las manos bajo mis nalgas. Luego se hundió en su totalidad, demostrándome que se podría ir más lejos.

—¿Te dolió, ángel? —Besó mis labios y empezó a moverse lentamente.

—Un poco... —admití.

Todo el proceso fue muy lento y tierno. Con cada embestida recibía un beso electrificante y descubrí una magia que no había esperado.

—Estoy cerca, ángel. Dime que tú también.

—Mhm...

Me quedé sin aliento cuando el orgasmo nos golpeó, sus gemidos eran fuertes y sus embestidas caóticas. La tensión creció y creció. Me rendí a las increíbles sensaciones que movían mi cuerpo en oleadas de temblores y lo sostuve con fuerza contra mi pecho.

—Gracias por este regalo tan precioso, Angélica. No puedo vivir sin ti, no me dejes nunca. —Me abrazó y se quedó quieto respirando con dificultad.

Mis ojos no aguantaron la tensión y empezaron a humedecer las vendas que los cubría. Lloraba de alegría y felicidad. Lloraba por tenerlo en mis brazos de esa manera. Nuestro amor no era imposible, sino difícil.

Pero nada era imposible y lucharía contra todos los demonios hasta conseguir la tranquilidad que los dos estábamos buscando.

—Dame una oportunidad para hacerte feliz —dijo él un poco más calmado—. Déjame amarte, ángel.

—Tienes mi permiso. —Lo abracé y escondí mi rostro en su pecho.

—Gracias. —Sentí como sus músculos se relajaron.

Hice lo mismo y dejé que el sueño me llevara hacia un lugar lejano y místico, donde los dos éramos libres para amarnos.

CAPÍTULO 20



—Vaya, vaya —murmuró Elisa, despertándome.

Tiró de la manta que cubría mi cuerpo y cuando escuché un clic, me tensé al momento.

—¿Qué mierda haces aquí? —gritó Raúl al tiempo que se levantaba de la cama. Cubrió mi cuerpo con la manta y me dio un beso en la mejilla—. Quédate en la cama —dijo con suavidad.

—Sí, eso es —murmuró Elisa—. Quédate en la cama, tu cuerpo desnudo es pura tentación. Siempre me han gustado las chicas como tú... inocente, morena con pelo largo, labios carnosos y buenas curvas. Incluso tu perfume me excita...

—Sal fuera, Elisa —dijo Raúl molesto.

—No hace falta que te vistas —dijo ella riendo—. No me gustan los hombres, aunque debo de reconocer que eres uno muy bien dotado.

—Fuera de mi vista —rugió Raúl.

—¿Así tratas a tu futura esposa? —Escuché pisadas—. Tengo la prueba de que eres infiel.

—Todavía no estamos casados.

—No aún. Pero la semana que viene sí. Tengo todo preparado y mañana me traerán el vestido de novia para probarlo.

—Me alegro, ahora vete.

—Suéltame. —Escuché como se abría la puerta—. Solo quería ver cómo estáis. Mi amiga y yo nos aburrimos. Os quería invitar a tomar algo con nosotras y puede que a algo más.

La puerta se cerró de golpe asustándome y agarré la manta con fuerza.

—Ya se fue —dijo Raúl—. Yo... necesito salir un rato. No tardaré.

—No me dejes sola con esas dos locas en la casa. —Quitó la manta y bajé los pies al suelo—. ¿A dónde vas?

—Vuelve a la cama, por favor. —Agarró mis piernas y las colocó de nuevo encima del colchón—. Vuelvo enseguida, ángel. —Cubrió mi cuerpo con la manta.

—¿A dónde vas, Raúl? Contéstame, por favor.

—Iré a hablar con alguien. —Besó mi frente.

—¿Con quién? Es muy tarde y...

—Deja de hacer preguntas, por favor. Intenta dormir un poco. —Besó mis labios.

—Dime que esa loca no hizo fotos...

—No te preocupes, conseguiré las fotos. —Me dio otro beso corto y se alejó—. Sueña conmigo.

—Lo haré. —Sonreí y metí las manos debajo de la manta.

—Despierta... —Escuché un susurro y me alarmé—. No te asustes —dijo Elisa y torcí la nariz, olía a alcohol—. Solo quiero sentir tu piel. —Tocó mi hombro desnudo y di un respingo—. Te gustará, preciosa.

Sentí sus labios en mi brazo y me alejé.

La forma en que me hablaba me ponía nerviosa. Mis dedos agarraron la manta con fuerza, el miedo fluyó a través de mí y me estremecí.

—Vete de aquí —dije con voz trémula—. Raúl tiene que llegar y...

—Raúl no vendrá temprano, te lo aseguro. Cuando desaparece a estas horas... —Agarró mi brazo y tiró con fuerza—. No te lo dijo... Te acostaste con él sin saber toda la verdad.

—No es asunto tuyo. Cuando esté preparado para hablar...

—Pobre ilusa. ¿No te das cuenta de que te engaña? —Se estiró a mi lado en la cama—. Solo quería acostarse contigo para olvidarte... —Besó mi cuello y la empujé—. Yo puedo hacerte feliz, Angélica. Me gustas mucho.

—Yo... a mí no me gustas. No me gustan las mujeres.

—Si no lo pruebas, no puedes decir que no te gusta. Mira, no quiero asustarte, pero cuando salgas corriendo de esta casa, puedes buscarme. —Acarició mis labios—. Eres tan hermosa.

Se alejó y dejé de temblar, aunque mi cuerpo actuaba como si quisiera salir corriendo.

—No esperes a Raúl, llegará mañana, Angélica. —La cama se movió—. Llegará borracho.

—Quiero que te vayas de aquí —dije con voz temblorosa, faltaba muy poco para empezar a llorar.

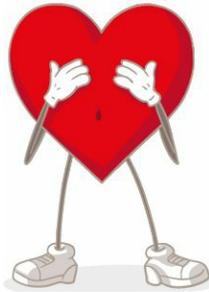
—No olvides que puedes contar conmigo. Él te decepcionará. — Escuché la puerta cerrarse.

Mi cuerpo estaba petrificado y mis pulmones quemaban.

No sabía qué hora era, pero Raúl tardaba demasiado, y eso me preocupaba. Me preguntaba qué era lo que ocultaba y a quién tenía que ver a esas horas.

Mi mejor amigo regresaba de su viaje al día siguiente y esperaba contar con su ayuda. Iré investigando por mi cuenta, llamaré a mis amigos del pueblo y obtendré las respuestas que Raúl se negaba a darme.

CAPÍTULO 21



Escuché un fuerte ronquido y me desperté.

—¿Raúl? —Estiré una mano y encontré su pecho desnudo—. ¿Cuándo has llegado?

—Mmm... —murmuró y se dio la vuelta.

—¿Raúl? —Tiré de su brazo y cuando toqué sus dedos, noté algo húmedo—. ¿Esto es sangre? —Llevé los dedos hasta mis labios y chupé—. ¡Es sangre, joder!

—No grites, Angélica. —Se quejó y tiró de su brazo.

—¿Qué pasó, Raúl? —Quitó la manta que nos cubría—. ¿Qué hiciste? —Toqué su pecho y él atrapó mi mano.

—Duerme, ángel, por favor —dijo con voz ronca—. Me duele la cabeza.

—No puedo dormir más, necesito saber a dónde fuiste y qué hiciste —exigí molesta.

Elisa dijo la verdad, Raúl regresó borracho y me cabreaba saber que ella conocía su secreto y yo no. Al ver que Raúl no quería despertarse, me levanté de la cama y cuando llegué delante de la mesa, busqué con las manos, mi móvil.

Lo encontré enseguida y después de sentarme en una silla, toqué con los dedos el móvil. Lo bueno era que no tenía ninguna contraseña y conseguí entrar en las últimas llamadas porque el móvil empezó a llamar a alguien. Sabía que era a Mateo a quien llamaba porque fue el último con quien hablé.

Decidí entrar en el baño para que Raúl no me escuchara. Me senté en el borde de la bañera y cuando escuché la voz de mi amigo, sonreí.

—Hola, guapetona —dijo riendo—. Madrugaste hoy, ¿eh?

—Hola, Mateo. La verdad es que no lo sé. —Pasé los dedos por mis

labios secos—. ¿Qué hora es?

—Son las siete de la mañana, Angélica. —Escuché un estornudo—. ¿Pasa algo?

—Necesito tu ayuda —susurré—. Quiero que vengas aquí para sacarme a la calle. Necesito averiguar algunas cosas.

—Vale, ¿dónde estás? —preguntó y me bloqueé al instante.

—No lo sé. Bueno, estoy en casa de Raúl, pero no sé decirte la dirección —contesté pensativa.

—¿Por qué no te ayuda él? —quiso saber.

—Porque no quiero que se entere. Tengo que averiguar algo de su pasado...

—Te estás metiendo en problemas —advirtió—. El pasado es mejor dejarlo atrás.

—No puedo, me oculta cosas...

—Está bien —me interrumpió—. ¿Es la misma casa donde vive Elisa?

—Ajá...

—Sé dónde es. No tardaré, Angélica. Espero que Raúl te deje salir.

—Tendrá que hacerlo. No me puede obligar a quedarme todos los días en casa y sin salir. —Me puse de pie.

Busqué con la mano el lavabo y abrí el grifo. Metí la mano debajo del chorro y tomé un poco de agua para mojar mis labios.

—¿Pasa algo? —preguntó Raúl y giré la cabeza.

—No, no pasa nada —contesté y escondí el móvil a mi espaldas—. Tenía sed —mentí.

—¿Por qué no me despertaste? —Sentí su mano apartando el cabello que cubría mi frente.

—Lo intenté, pero... —Me armé de valor y levanté la barbilla—. Anoche te emborrachaste, ¿verdad?

Dejó de tocarme y escuché como chasqueó la lengua.

—Es verdad —admitió—. Lo siento.

—¿Es por mi culpa?

—No, Angélica. Yo...

—Si quieres que me vaya...

—No lo entiendes. —Colocó las manos en mi cintura—. Tú no tienes la culpa de nada y no quiero que te vayas.

—Entonces dime qué pasa, Raúl. —Toqué su rostro con mi mano libre

y dio un respingo-. ¿Qué pasa? —pregunté cuando se alejó.

—Voy a preparar el desayuno —avisó y salió por la puerta.

Necesitaba respuestas cuanto antes, esa inseguridad no ayudaba. Tenía la impresión de que nuestra relación no tenía futuro, de que alguien se empeñaba en separarnos.

Salí del baño y dejé el móvil encima de la mesa.

—Buenos días, preciosa —dijo Elisa y me congelé—. ¿Cómo has dormido? —Sentí su respiración en mi cuello—. Yo no muy bien... pensé en ti y...

—No te acerques a mí. —Me alejé—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a decirte que tu amigo te está esperando abajo, y también quería darte los buenos días. —Me agarró por la cintura—. Me gustas mucho...

—Por favor... —Agarré sus manos y las aparté.

—Está bien, no insistiré más, de momento —dijo—. Es una pena que Raúl no sepa cómo cuidar de ti.

—Lo hace. Él cuida de mí.

—Dejándote sola por las noches para...

—¿Qué haces aquí, Elisa? —preguntó gritando Raúl—. Te dije que no quiero que te acerques a ella.

—Vaya... eché de menos este rostro —murmuró—. Te pegaron bien anoche.

—Vete de aquí, Elisa —rugió.

—Hoy recibo mi vestido de novia y no quiero que lo veas. Trae mala suerte... —susurró y escuché la puerta cerrándose.

—¿Anoche te peleaste? —pregunté—. Pensé que dejaste de hacerlo...

—Lo dejé, Angélica. Tienes que creerme, por favor.

—No entiendo nada.

—Dame un poco de tiempo para organizarme. Te prometo que lo hago por nuestro futuro. —Besó mi frente—. Te quiero mucho y nunca te haría daño.

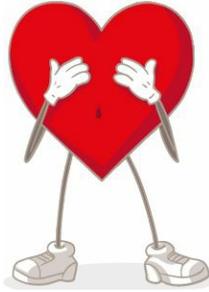
—Yo también te quiero, pero...

—Pero nada. —Calló mi boca con un beso tierno—. Abajo te espera Mateo. Dijo que quiere hablar contigo.

—Mhm... —murmuré—. Volvió de su viaje y seguramente quiere saber cómo estoy. Puede que salga a comer con él —dije bajito.

—Por mí no hay problema. —Me dio otro beso—. Hace un buen día.

CAPÍTULO 22



—Te veo muy delgada, Angélica —dijo Mateo con tono de preocupación—. ¿Raúl te trata bien?

—Sí, estoy bien. El accidente... —murmuré—. Gema está en coma...

—Fui a verla. —Su voz sonó triste—. La echo mucho de menos... a las dos y a los viejos tiempos.

—Todo pasó por mi culpa. —Agarré con fuerza el tenedor.

—No digas eso. —Sentí su mano encima de la mía—. Fue un accidente, Angélica.

—No lo fue. —Negué con la cabeza.

—Que sí. Ahora come y dime qué es lo que quieres que haga.

—Quiero que contactes con unos amigos míos —comenté—. Necesito saber qué pasó cuando me fui del pueblo.

—Muy bien, ¿tienes los números de teléfono?

—Están en mi móvil. —Dejé el tenedor encima de la mesa.

No tenía mucha hambre, la inquietud que me comía por dentro saciaba mi cuerpo dejándome llena.

—¿Estás segura, Angélica? —preguntó después de un largo silencio—. Sí Raúl no dice nada es por algo, y no creo que le guste saber que estás intentando averiguar cosas a sus espaldas.

—Puede que tengas razón, pero necesito saberlo. Elisa también lo sabe y...

—¿Cómo te llevas con ella? Puede ser muy...

—¿Zorra? —Mateo rió y agarró mis manos—. Dice que se siente atraída por mí, que le gusto y...

—¿En serio? Esto no me gusta, Angélica. ¿Raúl lo sabe?

—No, bueno... sabe que ella me molesta, pero no que casi se me tiró encima —dije con la voz ahogada por la angustia.

—¿Por qué estás en esa casa? Tienes tu piso, y yo podría cuidar de ti.

—Lo amo, Mateo, y no quiero abandonarlo otra vez —contesté perdida en mis pensamientos—. Y más ahora cuando se tiene que casar.

—Frena un poco —dijo en voz alta—. ¿Casar? ¿Os vais a casar?

—No, él se tiene que casar con Elisa.

—Pero él te ama a ti y tú a él, no lo entiendo —gruñó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Eso es lo que yo también quiero averiguar —comenté—. Elisa lo está chantajeando para que se casen.

—¿Por qué?

—Para cobrar la fortuna de su padre.

—Vete de allí, Angélica. Yo cuidaré de ti —aseguró.

—No puedo... Me fui de mi casa para olvidarlo, pero no lo conseguí. Ahora que lo tengo cerca y sé que él también me ama, me quedaré y lucharé por nuestro amor.

—Entonces yo te apoyo y vendré todos los días a verte. —Besó mi mano—. Mmm... Tenemos que mejorar un poco tu aspecto. Te veo descuidada.

—No puedo hacerlo sola —bufé.

—Esta tarde llamaré a tus amigos. ¿Necesitas ayuda con los estudios?

—No, me ayuda Raúl, y mañana tengo la operación. Vendrán mis padres y me gustaría que los conocieras. —Busqué con la mano mi bolso.

—Por supuesto, yo también quiero conocerlos. —Llevó mi mano hasta donde se encontraba el bolso.

—No menciones la boda, por favor. No quiero preocuparlos. —Agarré el bolso y me puse de pie.

—Tranquila, Angélica. No voy a decir nada...

—¿Angélica? —Escuché una voz familiar—. ¿Eres tú?

Mateo tomó mi brazo y me hizo girar.

—Dios, eres tú.

—¿David? —pregunté, y él empezó a reír.

—Tienes los ojos vendados y me reconoces —dijo y sentí un apretón por parte de Mateo.

—Perdón, David —dije y estiré una mano—. Este es mi amigo, Mateo. —Él tomó mi mano y la besó.

Sentí un ligero calor recorriendo mi cuerpo y Mateo carraspeó.

—Soy David, el eterno amor de Angélica —dijo, y Mateo empezó a toser.

—Mateo, su mejor amigo —comentó y tiró ligeramente de mi brazo.

—¿Cómo estás? —preguntó David—. ¿Por qué tienes los ojos vendados?

—Tuve un accidente de coche —contesté—. ¿Cuándo volviste?

—Ayer, y justo estaba intentando localizarte. Tenemos cosas pendientes. —Acaricié mi mejilla—. Te eché de menos.

—David...

—Quiero hablar contigo —dijo y dejó de tocarme.

—Hoy no puede —dijo rápidamente Mateo.

—Es verdad. Hoy no puedo —comenté—. Puede que otro día.

—Me parece perfecto. —Tomó mi mano—. Aquí te devuelvo el crucifijo, ya no lo necesito. He vuelto sano y salvo... gracias. —El contacto de sus manos me estremecieron y recordé la primera vez que lo vi.

—Perdón —dije apenada—. No fue mi intención tirarte el vaso encima. Lo siento... es mi primer día y...

—No pasa nada. —Se puso de pie—. Es solo agua. —Tomó mi mano—. Estás temblando... —La frotó suavemente—. Relájate, es solo un trabajo.

—Es muy fácil decirlo —y él sonrió.

—También hacerlo, ya lo verás —aseguró—. Vendré todos los días a desayunar aquí y cuando te vea sonreír, me acercaré y te invitaré a salir.

—Tendrás que esperar.

—No lo creo. —Sonrió—. Como mucho una semana. —Me guiñó un ojo.

—Te llamaré —dijo David rompiendo mis recuerdos—. Tengo muchas cosas que contarte. —Besó mi mejilla.

—Está bien. Me alegro de que hayas vuelto. —Apreté el crucifijo con mis dedos y lo guardé en el bolsillo de mis pantalones.

—¿Quién era ese? —preguntó susurrando Mateo—. Es muy guapo, pero hay algo que no me gusta. Su mirada transmite mucho y...

—Deja de inventarte cosas. —Me aferré a su brazo—. Es un amigo que conocí hace unos años. Me ayudó a superar muchas cosas y...

—Y está enamorado de ti —comentó molesto—. Si Raúl se entera... Bueno, eso no importa. No quiero que salgas con él.

—No me puedes prohibir cosas.

—Soy tu mejor amigo y puedo. Sé lo que te conviene, y ese David

huele a problemas.

—No es verdad. —Me paré en seco—. Lo conozco muy bien.

—¿Hubo algo entre vosotros? —quiso él saber.

—No...tan solo hemos salido. Nunca intentó nada.

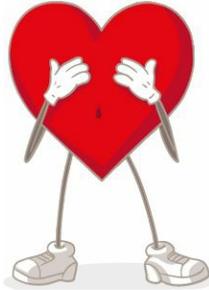
—Puedo que me esté equivocando...

—Seguro que sí. —Empecé a caminar de nuevo—. Tan solo es un amigo.

Eso fue para mí, un amigo, aunque muchas veces sentí que había algo entre nosotros. Me hacía sonrojar y me hacía reír, pero también me hacía olvidar y esconder el pasado.

Nunca me besó, pero recordé cómo a veces deseaba que lo hiciera.

CAPÍTULO 23



Estaba intentando bajarme los pantalones, pero no lo conseguía. La cremallera se había atascado y no podía bajarla.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Raúl y cerró la puerta.

—Sí, por favor. Llevo más de cinco minutos intentando bajar esta cremallera —contesté con exasperación.

—¿Cómo fue la comida? —Apartó mis manos—. Llegaste un poco tarde.

—Fue agradable, la verdad es que necesitaba salir un poco. —Sentí como tiraba de la cremallera hacia abajo.

—Si quieres, podemos salir todos los días. —Sentí otro tirón.

—Dentro de unos días tienes la boda —dije y él dejó de moverse—. No vas a tener tiempo...

—Me importa una mierda la boda, y lo sabes —dijo molesto—. Tú eres más importante... Mmmm, déjame hacerte el amor...

—Raúl, mis padres tienen que llegar. —Aparté sus manos.

—Tenemos media hora, ángel. Te extrañé tanto... —Colocó una mano sobre mi pierna y lentamente la deslizó por mi muslo, bajando al mismo tiempo los pantalones.

El calor calentó mi sangre, y cuando agarró mi muñeca, tirando de ella hacia él, mi control se desvaneció.

Me besó, rodeándome con los brazos y sentí un suave burbujeo en el estómago. Nuestras lenguas se unieron en un baile apasionado, dejándome sin aliento. Luego me besó suave, mientras deslizaba la mano entre mis piernas y presionaba su pulgar en mi clítoris.

Suspiré de placer, arqueándome ante su toque. Mi cuerpo temblaba de deseo y la cabeza empezaba a darme vueltas. Justo cuando la tensión estaba a punto de estallar en mi interior, él rompió el beso y apartó el

pulgar.

—Perdóname, Angélica —susurró—. Siento que te estoy perdiendo... hay algo. —Rozó mis labios—. Prometo contarte todo, solo que no estoy preparado... no aún. Te quiero mucho, no lo olvides.

—Yo también te quiero.

—No quiero que te sientas obligada o presionada —comentó—. Si quieres que pare...

—Oh, no —dije rápidamente y tomé su mano—. Si empezaste algo, tendrás que terminarlo. —Me besó apasionadamente.

Sus dedos se deslizaron debajo de mi camiseta y yo jadeé en busca de aire.

Su boca dejó la mía para sacarme la camiseta y luego me quitó el sujetador, dejándome completamente expuesta. Crucé mis brazos sobre mi pecho para esconderme.

—Retira los brazos. Quiero verte, ángel —susurró.

Lentamente dejé caer los brazos y escuché un jadeo. Se acercó y atrapó mi boca con un beso. Estaba perdida, se había apoderado de mis sentidos y sentía solo placer.

—Vamos a la cama —susurró en mi oído y tomó mi mano.

Mis pies se enredaron con los pantalones y cuando intenté quitarlos, algo cayó al suelo.

—Reconozco este crucifijo —murmuró Raúl y, por un minuto, dejé de respirar—. ¿Por qué no lo llevas puesto?

—Se me rompió la cadena y...

—La cadena parece intacta —comentó—. Si lo pienso mejor... —Escuché silencio—. Cuando te vi en la galería, no lo llevabas puesto.

—Bueno, me cansé de verlo todos los días...

—¿Me ocultas algo? —Negué con la cabeza—. Espero que así sea, porque fui yo quien te lo regaló y me habías prometido que no te lo quitarías nunca sola. Que solo yo podía hacerlo...

—¿Por qué no puedo abrir los ojos? —pregunté y estiré una mano—. ¿Dónde estás, Raúl? No intentes huir...

—Estoy detrás de ti —contestó y apartó el pelo que cubría mis hombros—. Ya está. —Sentí algo frío tocando mi cuello—. Puedes abrirlos.

—¡Wow! Me gusta mucho. —Toqué el crucifijo.

—Es para que te proteja mientras yo no estoy cerca...

—Te estás ablandando, Raúl. —Lo miré a los ojos a través del espejo—. Me gusta cuando eres así.

—¿Así como? —Se alejó un poco.

—Tierno...

—Puedes ponérmelo de nuevo —dije bajito, me sentía culpable.

Le había regalado el crucifijo a David hacía dos años...

—Quiero que regreses con vida —dije, y me sequé las lágrimas—. No quiero que te vayas.

—Volveré, Angélica. —Besó mi frente—. Y te invitaré a salir.

—Quiero darte algo. —Me alejé—. Es para que te cuide... —Me quité la cadena con el crucifijo y lo miré atentamente—. Significa mucho para mí.

—No lo quiero...

—Por favor, así estaré más tranquila.

—Gracias. —Tomó mi mano y la besó.

—Está bien —dijo Raúl y sentí que apartaba mi cabello—. Lo compré con mucha ilusión. Quería que tuvieras algo para que me recordaras todos los días —susurró y besó mi cuello.

—El tatuaje también me recuerda, pero ahora no puedo verlo...

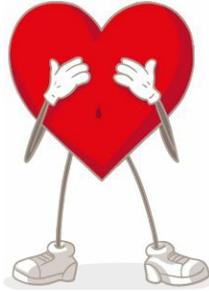
—Hey, todo estará bien. —Me besó—. Ya lo verás.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Unos diez minutos...

—Bésame y llévame a la cama —dije sonriendo.

CAPÍTULO 24



—Hola, hija —dijo mi madre y besó mi frente—. Te noto un poco caliente, ¿estás bien?

—Eh... —Me mordí los labios para no reír.

—¿Cómo fue el viaje? —preguntó Raúl detrás de nosotros—. Espero que bien.

—Bastante bien —contestó mi padre—. ¿Qué pasó con tu cara, Raúl? ¿Te peleaste con alguien?

—Eh...

—Lo que pasó fue que intentó rescatar a una señora —mentí—. Le estaban robando y él huyó detrás de los ladrones. Los atrapó, pero...

—Pero tuve que pelearme con ellos —dijo Raúl y besó mi frente—. Gracias —susurró.

—¿Estás preparada para la operación, hija? —preguntó mi madre y me agarró por el brazo—. Cuéntame qué tal estás.

—Estoy bien, mamá, pero tengo un poco de miedo —admití—. ¿Y si la operación no sale bien?

—No digas eso, hija. —Acarició mi mejilla—. Ay, veo que encontraste el crucifijo —dijo ella y me tensé al momento—. Lleva años perdido y...

—Sí, te dije que se había roto la cadena...

—Me dijiste que lo habías perdido —comentó ella y escuché a Raúl carraspeando.

—Escuchaste mal, mamá —dije rápidamente—. ¿Cómo están los demás?

—¡Aquí estoy! —gritó Elisa—. ¿Me habéis echado de menos? Ya tengo mi vestido de novia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Raúl molesto—. Dijiste que estarías fuera unos días.

—Ah, cambio de planes. Me quedo aquí. —Escuché pisadas de tacón—. Veo que tenemos visita. Hola a todos —dijo alargando las palabras—. ¿Queréis ver el vestido de novia? Lo tengo en el coche.

—¿Te vas a casar? —preguntó mi padre.

Justo en ese momento el timbre de la puerta sonó y respiré con alivio.

—Ya voy —dijo Elisa.

—¿Estás bien, hija? —preguntó mi madre y apretó mis manos—. Estás temblando.

—Estoy bien...

—Hola a todos —dijo Mateo con cuidado, y en ese momento dejé de temblar.

—Él es mi mejor amigo, Mateo —dije rápidamente y estiré una mano. Enseguida sentí como él la tomó y luego besó mi mejilla.

—¿Pasa algo? —preguntó susurrando—. Hay cierta tensión en el aire.

—Luego te lo cuento...

—Eres muy guapo —dijo mi madre—. Encantada de conocerte. Mi hija me habló muy bien de ti.

Raúl tiró suavemente de mi cuerpo hacia atrás y colocó la cabeza en mi cuello.

—Gracias, señora. Quiero mucho a su hija —contestó Mateo.

—¿Tanto como para casarte con ella? —preguntó mi padre y Raúl gruñó.

—Tanto no —contestó riendo Mateo—. Es mi mejor amiga, señor.

—No veo por qué no —dijo mi padre.

—Papá, por favor...

—Lo que pasa es que nuestro querido Mateo es gay —soltó Elisa, y mi padre empezó a toser.

—¿Es verdad? —preguntó mi madre.

—Sí..., señora.

—Qué pena...

—¿Quién tiene hambre? —preguntó Raúl intentando llamar la atención.

—Yo... —contesté y sentí un ligero apretón de manos en mi cintura.

—Ven conmigo a la cocina —dijo tirando ligeramente de mi brazo derecho—. Ahora volvemos —avisó.

—¿Crees que es prudente dejarlos solos? —pregunté, pero no recibí

respuesta—. ¿Pasa algo? —pregunté bajito y en cuanto escuché la puerta cerrarse, sentí como sus dedos agarraron mi barbilla.

—Pasa que nosotros dos tenemos que hablar, ángel —dijo, y tragué saliva.

—Si es por Mateo, le diré que...

—¿Por qué me has mentado? —Sus dedos empezaron a hacerme daño—. Yo entendí que el crucifijo te lo quitaste porque te habías cansado de verlo, pero parece que tu madre sabe otra historia.

—Ella se confundió...

—Angélica, ¿quiero la verdad? —Dejó de tocarme.

—¿Puedo pasar? —preguntó Mateo, y escuché un ruido a mi lado.

—No puedes pasar —dijo molesto Raúl—. ¿No ves que estamos hablando?

—Me da igual. —Sentí la mano de Mateo en mi brazo—. Me la llevo.

—Ni se te ocurra, Mateo —advirtió Raúl.

—¿O qué?

—No quiero que os peleéis —dije yo levantando el tono.

—Pues dile que se vaya —ordenó Raúl.

—Lo siento, pero no lo haré.

Nadie contestó, y eso no me gustaba para nada. En ese momento, solo quería desaparecer, no me gustaba el tono de Raúl, ya que me pareció demasiado posesivo.

No quería decirle la verdad porque a David le tenía mucho cariño. Fue el único que me ayudó a salir a la superficie y volver a sonreír de nuevo.

Escuché la puerta de la cocina cerrarse y el cuerpo de Mateo acercándose al mío.

—Se fue, Angélica —dijo—. Pero se fue bastante enfadado. No me gusta...

—Yo...

—Y creo que deberías ir detrás de él —sugirió—. Lo que averigüé te impactará bastante. Temo que hará una tontería.

—No me asustes, Mateo. —Apreté su brazo—. ¿Qué averiguaste?

—Ve detrás de él y luego hablamos. Y dile la verdad.

CAPÍTULO 25



—¿En serio, Mateo? —Puse las manos en jarra—. ¿No olvidas algo?

—¿El qué?

—Que no veo —gruñí—. ¿Cómo se supone que voy a ir detrás de él si no veo?

—Tienes razón. —Agarró mi brazo—. Tendré que ir contigo.

—Y mientras me cuentas lo que averiguaste. —Dejé que él guiara mis pasos—. ¿Con quién hablaste? ¿Con Alicia o con Jandro?

—Con Alicia, y no fue sencillo. Esa amiga tuya es muy cabezota.

—Lo sé. —Reí—. Pero es una buena persona.

—Al principio no creyó nada de lo que le dije, y tuve que insistir mucho. La llamé varias veces, no confiaba en mis palabras. Le envié una fotos tuyas y luego decidió hablar —comentó.

—¿A dónde vamos? —pregunté al notar el aire fresco de la calle—. Mis padres...

—Tus padres están arriba —contestó—. Cuidado, hay dos escalones.

—¿Y Elisa?

—Salió. Dijo que tenía que encontrarse con un amigo.

—El idiota de Fran...

—¿Quién? —preguntó intrigado.

—Nadie importante. No me contestaste a la pregunta —dije con exasperación—. ¿A dónde vamos?

—Raúl salió de casa, pero su coche sigue aquí —comentó—. No lo sé, supongo que hay que buscarlo por aquí...

—A la casa del lago —dije rápidamente—. Allí se va cuando necesita estar solo.

—¿Esa vieja casa?

—¿Es vieja?

—Sí. Iremos allí entonces. —Me aferré a su brazo.

—¿Qué dijo mi amiga, Mateo? Estás evitando hablar, y no me gusta.

—No se sabe si es verdad o no —dijo con cuidado—. Pero es lo que se habla en el pueblo.

—¿Y por qué mis padres no dicen nada?

—Porque no salen por las noches, porque no van a las peleas...

—¿Sigue habiendo peleas?

—Sí... Mira, lo que te voy a decir es muy fuerte. ¿Estás segura de que quieres oírlo? —preguntó con delicadeza.

—Lo estoy. —Retiré un mechón de pelo de la frente y permanecí en silencio.

—Raúl mató a alguien...

Mis piernas dejaron de sostenerme y empecé a temblar. Mi corazón golpeó con fuerza mi pecho y mis pulmones se quedaron sin aire.

—Dios... Lo siento...—escuché, pero no podía reaccionar—. Angélica, por favor, no me hagas esto. —Sentí golpes en el rostro, pero mis mejillas parecían dormidas—. ¡Angélica! —gritó asustado.

—Aléjate de ella ahora mismo —ordenó enfadado Raúl.

—No puedo, no se mantiene de pie...

Sentí unas manos fuertes agarrándome por la cintura y cuando me levantaron en el aire, me aferré a su cuello.

—Me la llevo —dijo Raúl—. Vuelve a la casa y encárgate de que sus padres estén tranquilos.

—Está bien —contestó Mateo—. Tan solo dile la verdad...

—Lo haré cuando yo crea que es conveniente —habló Raúl—. No te metas en mi vida, no te conviene hacerlo.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiéndote —dijo Raúl, y sentí como sus músculos se tensaron.

—Solo quiero lo mejor para ella.

—Yo también, Mateo —suspiró—. Yo también...

—¿A dónde me llevas? —pregunté después de un rato—. No quiero dejar solos a mis padres.

—De eso se encarga Mateo. Necesito asegurarme de que estás bien. Tenemos que hablar...

—Lo sé, necesito una explicación a todo esto. —Metí la cabeza en su

cuello y tomé aire.

—Y yo también, ángel. Me ocultas algo, y no me gusta.

—Tú también me ocultas cosas.

—Es por tu bien —aseguró—. Es mejor si no lo sabes.

—Yo... ya sé lo que hiciste —dije, y él dejó de caminar.

—¿Qué es lo que sabes? —Me dejó en el suelo con cuidado y escuché como abría una puerta.

—Lo que hiciste, lo que eres... —Me mordí los labios para no llorar.

—¿Y qué soy? —Tomó mi mano y tiró con suavidad.

Escuché la puerta cerrarse y apreté su mano.

—¿Un asesino? —pregunté susurrando.

Dejó de sostener mi mano y escuché pasos. Se había alejado en silencio dejándome temblando y asustada. En ese momento no sabía qué pensar, no sabía qué esperarme y no sabía quién era él. Lo había visto pelear, lo había visto enfadado, pero no quería creer que había matado a alguien.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Un poco —admití, y apreté los puños para dejar de temblar.

—¿Crees que soy capaz de matar?

—No... No lo sé... —Me sentía acorralada, me sentía su presa.

—Me viste pelear, Angélica. —Su voz sonó fría—. Después de todo lo que pasó entre nosotros... —Escuché un suspiro—. Contesta a mi pregunta, ¿crees que soy capaz de matar?

—No, no lo creo —dije firmemente.

—¿Por qué? —Sentí sus dedos acariciando mis brazos.

—Porque eres una buena persona y con sentimientos nobles...

—¿Cómo sabes que no te engañé? —Sus dedos viajaron hasta mi cuello.

—Porque me amas...

—¿Estás segura? —Una mano me agarró por el pelo y la otra por el cuello—. Ahora mismo podría hacerte daño...

—Pero no lo harás. —Suspiré cuando sus manos dejaron de tocarme—. Confío en ti, siempre lo hice, Raúl.

—Gracias —susurró y me abrazó por detrás—. Supongo que tendré que contarte qué pasó cuando abandonaste el pueblo.

—Lo supones bien. —Descansé la cabeza en su pecho.

CAPÍTULO 26



Raúl me ayudó a sentarme en una silla y luego cubrió mis piernas con una manta.

—Aquí no hay cama o sofá —explicó mientras frotaba mis manos—. Si tienes frío, nos podemos ir.

—No, prefiero quedarme. Quiero escucharte.

—Está bien, ángel. —Escuché sus pasos lentos y metí las manos debajo de la manta.

—Quiero que sepas que nada cambiará lo que siento por ti, Raúl.

—Gracias, eso espero. —Besó mi frente y se alejó—. Cuando te fuiste... esa noche en la que te besé por primera vez... esa noche en la que mi mundo se vino abajo y se derrumbó hasta que nada tuvo sentido, dejé de pelear. —Su voz sonaba grave y triste—. Para mí fue doloroso visitar tu casa y no verte, pero me dejaste algo muy importante.

—¿Qué? —pregunté susurrando.

—Me dejaste tu recuerdo, ángel, y fue como un alivio. Iluminó la sombra que me envolvía. —Sentí su respiración en mi cuello—. Cada día que me levantaba de la cama, me decía a mí mismo que volverías, pero pasaron los meses y el dolor se volvió insoportable. —Sus labios rozaron mi oreja—. Intenté olvidarte, pero tus recuerdos me lo impidieron, te extrañaba tanto que pasaba noches de insomnio.

—Yo también lo pasé mal... —admití y besó mi cuello—. Estuve sin salir mucho tiempo, no quería relacionarme con nadie hasta que...

—¿Hasta qué? —Dejó de besar mi cuello.

No sabía si contarle lo importante que era David para mí. Tenía miedo y podía interpretarlo de otra manera, ya que a veces se mostró muy posesivo conmigo.

—Lárgate —gritó Raúl.

—¿Qué demonios te pasa? Tan solo estoy hablando con ella. Necesito los apuntes de lengua, tío.

—Pídeselos a Elena. —Lo empujó—. No te quiero cerca de Angélica, ¿entendido?

—Entendido, idiota —gruñó Marco y se fue.

—¿Por qué le gritaste de esa manera, Raúl? —exigí y puse las manos en jarra—. Deja de meterte en mi vida.

—Porque es un imbécil. Solo quiere acercarse a ti para... para... joder. —Levantó el tono de voz—. ¿No te das cuenta?

—¿Y a ti qué te importa? —Lo empujé—. No somos nada, Raúl. Ni amigos, ni novios...

—Pero podemos serlo...

—Ni siquiera me aguantas, no paras de hablarme mal. —Coloqué un dedo en su pecho—. Me odias.

—No te odio, Angélica. —Agarró mi dedo—. Yo... yo...

—Déjalo... —Lo miré a los ojos—. Y déjame tranquila.

—Hasta que conocí a Mateo —mentí—. Es un gran amigo.

—Parece buena persona. —Coloqué las manos en mis hombros.

—Lo es...

—Las cosas se complicaron cuando dejé de pelear. —Su tono de voz cambió, se volvió duro y frío—. No querían dejarme ir, y en una de las peleas con Gabriel perdí el control. —Sus dedos apretaron mis hombros—. Saltaron todos encima de mí y me pegaron hasta que me dejaron inconsciente.

—Raúl...

—Déjame terminar, ángel. —Sus manos viajaron hasta mi cuello y se quedaron allí—. Estuve más de dos semanas en el hospital, deseaba no despertarme, deseaba morir. Sin ti mi vida no tenía sentido.

Tragué saliva y cuando sus dedos empezaron a acariciar mi piel, sentí un ligero escalofrío mezclado con placer.

—Salí del hospital y lo primero que hice fue buscar a Gabriel. —Sus dedos empezaron a temblar—. Todo pasó muy rápido, yo entrando en su garaje, él apuntándome con un arma, yo tirándome encima de él... Un disparo y su cuerpo cayó sin vida al suelo.

Mi cuerpo se congeló al instante y sus dedos apretaban con fuerza.

—Tuve que huir, pero alguien me vio y los rumores empezaron a

escucharse en todo el pueblo. Los policías me detuvieron, pero no tenían pruebas y me dejaron libre. —Intenté ponerme de pie, pero me lo impidió—. Salí del pueblo y vine a buscarte... No tenía dinero, no tenía trabajo y dormía debajo de un puente.

—Por favor, Raúl... Déjame abrazarte... —Sus manos me mantenían firme.

—Elisa me encontró pidiendo dinero en la calle y se ofreció a ayudarme. Me dijo que más adelante necesitaría mi ayuda, y acepté. Ella fue quien te encontró y ella fue quien movió las aguas para llegar tan alto. Cuando vio mis pinturas, enseguida se puso en contacto con amigos suyos y mi fama creció. Ella organizó la exposición e invitó a Mateo porque sabía que estarías interesada.

—Sí, pero ahora tienes que casarte con ella...

—No sabes lo difícil fue para mí verte salir todos los días de la universidad y no poder acércame. Mi aspecto era deplorable, era un don nadie.

—Nunca pensaría eso de ti...

—Anoche fui al bar, al que siempre voy —confesó—. Necesitaba estar solo. Todo esto, lo de Elisa, me vuelve loco. Había dejado de pelear, pero tuve que hacerlo de nuevo para conseguir dinero. El hermano de Gabriel busca venganza, y sabe que estoy aquí. Las peleas no pasaron desapercibidas...

—¿Qué quieres decir? —pregunté asustada.

—Que estoy en peligro, que me quieren muerto. Y creo que sería mejor si no estás cerca, no quiero que te pase algo.

—No...

—Yo tampoco quiero, pero...

—No, Raúl. —Quitó sus manos y me puse de pie—. No te dejaré solo nunca más, ¿lo has entendido? No voy a cometer el mismo error.

—Pero es peligroso, Angélica. Llevo dándole vueltas al asunto sin parar. No quiero perderte.

—No lo harás porque yo no me voy de aquí —dije firmemente.

—Vaya, me gusta cuando eres tan decidida. —Me agarró por la cintura—. Me gusta que pelees por nuestro amor.

—Lo hago porque te amo, Raúl, y nada podrá separarnos. —Apoyé la cabeza en su pecho—. Nuestro amor es ahora más fuerte que nunca.

CAPÍTULO 27



Angélica

—Hija, suelta mi mano —dijo con suavidad mi madre—. No te preocupes...

—Déjanos un momento a solas, Ingrid —dijo mi padre, y solté la mano de mi madre.

—Está bien, Noah —contestó ella—. Acompáñame, Raúl.

Mi madre y Raúl salieron y me dejaron a solas con mi padre. Estaba muy nerviosa, era el día de la operación y tenía un mal presentimiento.

Mateo había ido a ver a Marta, necesitaba saber cómo estaba. Su estado seguía igual y los médicos no tenían muchas esperanzas. Decían que su actividad cerebral es muy baja y que seguramente se quedará en coma para toda la vida.

—Quiero que olvides que estamos aquí contigo, hija, y quiero que pienses en todo lo que quieres hacer en la vida. —Tomó mis manos—. Cuando tuve la primera operación, me sentí agobiado por todos y lo pasé muy mal —admitió—. Eso influyó en la recuperación, Angélica. Necesitas estar tranquila y positiva. —Besó mi mejilla—. No te preocupes por nosotros.

—Lo intento, papá, pero...

—Shhh, no digas nada. No le des más vueltas.

—Gracias, papá. —Lo abracé.

Raúl

—Voy a bajar a la cafetería —avisó Mateo y levanté la mirada—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

—Hola —dijo un hombre y Mateo agrandó los ojos—. Vengo a...

—Ven conmigo. —Lo agarró por el brazo.

—Suéltame... —dijo el hombre y Mateo carraspeó—. Quiero saber cómo está.

—Ven conmigo —insistió, mirándolo fijamente.

—¿Pasa algo con Angélica?

Cuando escuché el nombre de mi ángel saliendo de su boca, me puse de pie.

—¿Quién eres? —pregunté y él entrecerró los ojos.

—Nadie importante —contestó Mateo con nerviosismo y lo agarró por el brazo.

—¡Mateo! —levanté el tono y él soltó su brazo—. ¿Qué te pasa? —Lo miré a los ojos y él agachó la mirada—. ¿Y tú quién eres? —Giré la cabeza—. ¿De dónde conoces a Angélica?

—Podría hacerte la misma pregunta. —Se colocó delante de mí—. Y no pienso contestarte.

—Mira... —Apreté los puños.

—Raúl, por favor. —Sentí la mano de Mateo en mi hombro—. Ahora no es el momento.

—Quita la mano, Mateo, si no quieres quedarte sin dedos —rechiné.

—No lo haré. —Tiró de mí—. Estamos en un hospital y los padres de Angélica tienen que aparecer.

—Necesito saber de dónde la conoce. —Me giré para mirarlo y quité su mano—. Espera... tú lo conoces. —Entrecerré los ojos—. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Mi amor, aquí estoy. —Me tensé cuando escuché la voz de Elisa—. ¿Cómo está Angélica?

Llegó a mi lado y se puso de puntillas para besar mi mejilla.

—¿Qué haces aquí? —La aparté—. Esto no es asunto tuyo.

—Todo lo relacionado con mi futuro marido es asunto mío —contestó ella sonriendo.

—¿Futuro marido? —preguntó la madre de Angélica mirándome sorprendida—. ¿Te vas a casar?

Tragué saliva mirándola con angustia.

Nada más me hubiese gustado decirle que no, que estaba enamorado de su hija y que ella era la elegida, pero no podía, no podía cancelar la boda. Le debía un favor a Elisa y tenía que cumplirlo.

—Así es —contestó Elisa y me agarró por el brazo—. Hacemos buena

pareja, ¿verdad?

La madre de Angélica apartó la mirada molesta y aproveché para soltarme.

—¿Podemos hablar? —pregunté, pero ella negó con la cabeza.

—No, Raúl... Ahora no es el momento. Mi hija tiene que salir de su operación.

—Es solo un momento.

—Lo siento —dijo y se fue.

—Ups. —Elisa se tapó la boca—. ¿Y tú quién eres? —Miró al hombre que estaba apoyado contra la pared—. No recuerdo haberte visto. —Se acercó a él—. Eres muy guapo. —Lo miró de arriba abajo—. ¿Tienes novia?

—De hecho, sí. —Enderezó los hombros.

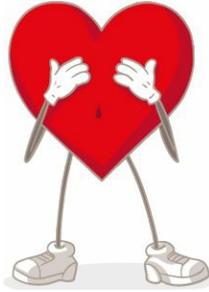
—¿Y cómo se llama? —Lo miró con detenimiento—. Menuda suerte tiene.

—Angélica —dijo él y mi mundo se vino abajo.

Dejé de pensar y simplemente actué.

—¡Mierda! —exclamó Mateo y se colocó delante de mí.

CAPÍTULO 28



Raúl

—Quítate de mi vista, Mateo —grité molesto.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó él—. ¿Pegarle? Estamos dentro de un hospital.

—Solo quiero hablar con él —dije entre dientes sin quitar la vista de ese hombre.

—Está bien.

Mateo se apartó y el hombro se acercó despacio.

—No entiendo a qué viene esto —dijo ladeando la cabeza—. ¿Quién eres?

—Eso no importa. —Tomé aire—. Quiero saber por qué dijiste eso.

—¿Que Angélica es mi novia? —preguntó con una sonrisa en sus labios—. Porque es verdad, porque he vuelto para quedarme y porque la amo.

Apreté los puños y él bajó la mirada.

—Deberías controlar tu ira. —Se acercó—. No tienes ninguna oportunidad contra mí —susurró.

—¿Qué sabes tú? —Lo empujé y él rió.

—Que ella también me ama —dijo sonriendo.

Nada más me hubiese gustado borrarle esa sonrisa con mis puños, pero Mateo tenía razón, estábamos dentro de un hospital y los padres de Angélica estaban cerca. No quería montar una escena, ese no era mi estilo.

—Estás equivocado —dije y él entrecerró los ojos—. Ella me ama a mí.

—No veo por qué —Me miró de arriba abajo—. Si te ama... debería estar feliz. Y yo no la vi feliz, sino muy triste y perdida.

—¿Cuándo la viste?

—Escucha, no estoy aquí para responder a tus preguntas. Solo quiero estar a su lado.

—Para eso estoy yo —aseguré.

—¿Y qué opina tu novia? —enarcó una ceja—. Ella parece muy enamorada de ti.

—No es mi novia, y esto no es asunto tuyo —estaba al borde de estallar.

—Ya terminó la operación —avisó el padre de Angélica y se quedó callado—. ¿Pasa algo, Raúl?

Noah llegó a mi lado y colocó un brazo encima de mi hombro.

—Te veo tenso —murmuró.

—¿Usted es el padre de Angélica? —preguntó el hombre.

—Sí... ¿por qué? —Noah dejó caer su brazo y lo miró intrigado.

—Yo... bueno, yo soy su novio y...

—¿Su novio? —preguntó la madre de Angélica mirándolo sorprendido—. ¿Desde cuándo? Ella no nos dijo nada... —Me miró confundida.

—Mi nombre es David y conozco a su hija desde hace muchos años. Estuve un tiempo fuera, pero ahora he vuelto y me quedaré. Y amo a su hija...

—No entiendo...

—Cuando me fui, ella me dijo que me esperaría para devolverle el crucifijo —Mis ojos se abrieron de golpe—. Y que aceptaría salir conmigo —explicó—. Ella ya tiene el crucifijo...

—¿Mamá? —preguntó Angélica y todos giraron las cabezas—. ¿Papá? —Miré la silla de ruedas y tragué saliva—. ¿Raúl? —siguió preguntando pero nadie reaccionaba—. ¿Hay alguien aquí?

—Sí, mi amor —contestó David—. Estoy yo, Angélica.

—¿David? —preguntó susurrando—. ¿Qué haces aquí?

Angélica

Escuchar la voz de David fue como recibir un golpe fuerte en el estómago. Él estaba allí y Raúl también. Eso significaba que ellos se vieron y que mi mentira salió a la luz.

—No quería faltar en tu día de operación. —Sentí sus manos rozando las mías—. ¿Cómo te sientes?

—Mareada y me duelen los ojos.

—Es normal, hija —dijo mi padre haciendo que mi corazón se volviera

loco.

Todos estaban allí, y Raúl también.

—¿Raúl? —pregunté con voz trémula—. ¿Estás aquí?

—Sí.

Su respuesta me dolió. Sonó triste y apagada.

—Ven aquí, por favor. —Estiré una mano.

—Me tengo que ir, ángel.

—No, no digas eso. —Me picaban los ojos—. Te necesito.

—Hablamos luego. —Escuché pasos y tragué saliva.

—¿Se ha ido, mamá? —mi voz sonó ronca.

—Sí, hija. Hablaréis en casa. No sabía que tú y este joven tan atractivo sois novios.

—¿Qué? —Sentí unas manos fuertes en mis hombros—. ¿Quién te dijo eso?

—Yo, mi amor —susurró David en mi oído—. Ya puedo cumplir con mi promesa y tú con la tuya. Me quedo aquí.

—David...

—Dame esta oportunidad y no te fallaré. —Apretó los dedos y sentí un escalofrío.

—No puedo.

—Por favor, tus padres nos están mirando.

—Lo siento, pero no puedo —dije—. Mi corazón tiene dueño.

—Él tiene novia, Angélica, y...

—No es asunto tuyo —dije molesta—. No somos novios. Lo siento... yo...

—Está bien, no insistiré más. —Dejó de tocarme—. Pero no me alejes. Quiero seguir viéndote. Sabes que significas mucho para mí.

—Lo sé, y tú también para mí. Gracias por venir. —Forcé una sonrisa—. Quiero ir a casa, mamá.

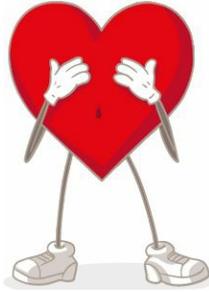
—Por supuesto, hija.

—¿Y Mateo? —Sentí la silla moviéndose.

—Salió detrás de Raúl —contestó mi padre.

Había metido la pata hasta el fondo y esperaba encontrarlos en casa. Alguien intentaba matar a Raúl y temía por su vida, pero eso era lo que menos me preocupaba.

CAPÍTULO 29



—Raúl no está —dijo mi madre—. Se fue del hospital bastante molesto. Ese David le dijo que tú eras su novia y...

Sentí su mano apretando fuerte mi cintura y eso hizo que me picaran los ojos.

—Ese David es un hombre guapo y apuesto, pero sé que tú amas a Raúl.

—Sí... —murmuré con voz ronca.

—Y él a ti, hija. Te ama muchísimo. —Tomó mi mano y apretó con fuerza—. Sé que lo vuestro es complicado y que se tiene que casar con Elisa, pero lucha por ello, lucha por vuestro amor porque eso es único.

La voz de mi madre temblaba y sabía que le faltaba poco para romper a llorar.

—Gracias, mamá. —La abracé.

—Te mereces ser feliz —susurró.

—Dime, Mateo...

Mi madre me había despertado en el medio de la noche y me había dicho que Mateo no paraba de llamar a mi móvil.

—Tengo malas noticias...

—¿Raúl?

—Está... Lo ingresaron en el hospital, Angélica. Lo siento, intenté ayudarlo... Yo no pude hacer nada. Ellos se lo llevaron y... y... lo dejaron tirado bajo un puente hace una hora.

—Respira, Mateo —dije, pero quien tenía que hacerlo era yo—. Y cuéntame qué pasó. —Sentí la mano de mi madre en mi hombro y me relajé.

—Fuimos a un bar a tomar unos tragos. Debo decirte que te ama con

locura, Angélica. En mi vida he visto a alguien sufriendo tanto... —Su voz ronca me hizo sollozar—. Está molesto porque le has mentado, pero nada más. Quería volver a casa y pedirte perdón por abandonarte en el hospital. Salí fuera con él y un coche paró delante de nosotros bloqueando el camino. Salieron tres hombres encapuchados y se lo llevaron. Me acaban de llamar del hospital... Le han disparado.

—¡No! —Mi madre me abrazó—. No, por favor, no...

—Angélica...

—No, Mateo... No es verdad.

—Lo siento, amiga.

—¿Estás en el hospital? —Me levanté de la cama.

—Recién llegué, pero no me dicen nada. Lo están operando...

—Voy para allá.

—No, quédate en casa. Tienes que descansar.

—No me quedo en casa...

—Mateo tiene razón. Recién saliste de una operación complicada. Tienes que descansar y recuperarte.

—Pero, mamá...

—No, hija. Hazme caso. —Tomó el móvil—. En media hora estaré allí. —Le dijo a Mateo—. Iré yo con tu padre, Angélica. Tú quédate en casa. Te llamaré en cuanto tenga noticias.

—Quiero ir, mamá.

—Lo sé, hija. Pero no puedes arriesgar tu salud.

—Está bien. —Me sequé las lágrimas que salieron por debajo de las vendas—. Quiero que me llames.

—Lo haré, hija.

Mis padres se fueron al hospital y me quedé en casa sola y triste. Dejé de llorar, pero no podía dormir, no podía quitar el dolor que sentía en mi pecho. Bajé con cuidado a la cocina y después de un rato intentándolo, conseguí encontrar la nevera. La abrí y tomé una botella de leche.

Cuando cerré la puerta, escuché un ruido que provenía del salón. Con la botella en la mano, caminé hasta llegar a la puerta de la cocina.

—Vaya, te dejaron sola —dijo una voz conocida y dejé caer la botella al suelo.

—No te asustes, no tengo intención de hacerte daño... de momento. —Empecé a retroceder—. Quiero hablar contigo y... —Escuché pasos y di

la vuelta.

Me agarró por el brazo y tiró con fuerza.

—Eres hermosa —susurró en mi oído—. Es una pena que tenga que matarte.

—No, suéltame, Fran, por favor. —Empecé a temblar de miedo.

—No sabes cuánto tiempo esperé esta oportunidad. Raúl estaba contigo a cada paso...

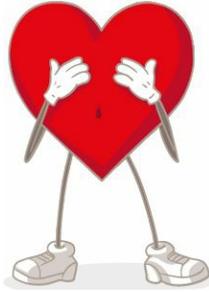
—¿Qué quieres de mí?

—De ti, nada. —Me soltó—. Quiero venganza, quiero que Raúl pague por haber matado a mi hermano.

—¿Tu hermano? —Me froté el brazo lastimado—. ¿Eres hermano de Gabriel?

—Veo que sabes la historia —dijo entre dientes—. Mejor. —Me abofeteó—. Morirás, puta. —Vino otra bofetada y quedé inconsciente.

CAPÍTULO 30



Intenté moverme, pero tenía las manos atadas. Mis ojos estaban en llamas y solo había dolor. Dolía respirar, pero me moví hacia delante intentando ponerme de pie.

—No te muevas. —Sentí sus dedos presionando mi hombro derecho—. Aún no he terminado contigo.

—Suéltame, imbécil —grité.

Recibí una bofetada y me callé. No quería provocarlo más, tenía que actuar con tranquilidad.

—¿Qué pretendes hacer, Fran?

Él me soltó y escuché pasos.

—Raúl tiene que ver esto en directo. —Mi cuerpo se estremeció—. Sé que lo están operando ahora mismo y tus padres tardarán en volver. Grabaré todo y cuando él esté consciente, lo llamaré para que vea cómo te mato.

—Eres un enfermo —escupí.

—¿Enfermo? —vociferó—. Él mató a mi hermano, no le dejó ni la más mínima oportunidad para defenderse. ¡Le disparó!

—No lo mató él, fue un accidente —grité—. La pistola se descargó sola y...

—¡Cállate! Eso es mentira. —Tiró algo al suelo.

Agaché la cabeza asustada y me quedé quieta.

—¿Cómo prefieres morir? —Tiró de mis piernas—. ¿Quemada? ¿Ahogada?

—Suéltala ahora mismo.

La voz de Elisa inundó la casa.

—Amiga —dijo Fran—. No esperaba verte.

—¿Qué mierda haces, Fran? —voz sonó fría—. ¿Qué pasa aquí? Oh,

Dios mío. —Sentí su mano fría en mi mejilla—. ¿Cómo se atrevió hacerte eso?

—No te metas, Elisa. Vete de aquí y...

—No me voy, Fran. Quien se tiene que ir eres tú o llamaré a la policía.

—¿Crees que me asustas con tus amenazas de mierda? —Escuché una bofetada.

—¡Hijo de puta! —gritó ella y luego escuché un grito de dolor.

No sabía qué hacían, pero parecían pelearse. Se escuchaban gritos por parte de los dos, golpes y ruidos desconocidos.

—Toma —dijo Elisa jadeante y dejó algo largo y húmedo en mis manos.

Era un cuchillo y estaba húmedo porque se encontraba manchado de sangre.

—¿Qué pasó? —pregunté asustada.

—¡Sálvate! —gritó y escuché un golpe... y otro golpe.

Conseguí cortar la cuerda que rodeaba mis muñecas y me puse de pie. Estaba en el salón y empecé a contar los pasos hasta que la punta de mi pie derechos golpeó la pared. Busqué la puerta deslizando mis manos temblorosas arriba y abajo.

La abrí y salí a la calle, bajando las escaleras agarrada a la barandilla. Empecé a correr sin rumbo, intentando llamar la atención.

Escuché un coche frenando y luego sentí un fuerte golpe en mi pierna izquierda. Grité de dolor y me tiré al suelo.

—¿Señorita? —gritó un hombre—. ¿De dónde salió? —Tocó mi pierna dolorida y grité.

—Duele...

—Lo siento. Llamaré a una ambulancia.

Lo único que escuchaba era el murmullo de gente y el ruido que hacían las sirenas mientras me llevaban al hospital.

—¿Hija? —Sentí una sacudida—. Despierta...

—¿Mamá? —Mi voz apenas se escuchaba.

—Estás bien ahora. —Acarició mi rostro—. Lo siento, hija, y perdóname por haberte dejado sola en la casa. Tu padre no quiere ni entrar a verte de vergüenza.

—No, mamá. Dile que venga, por favor...

—Ahora se lo digo. —Besó mi frente.

Escuché la puerta cerrándose y tomé aire. Me dolía mucho la pierna y los ojos, pero estaba preocupada por el estado de Raúl.

—Hija...

La voz de mi padre llenó mi pecho de alegría y tranquilidad.

—Papá, ven aquí y dame un beso.

—Lo siento mucho... —Su voz se quebró.

—Ven aquí, por favor. —Estiré las manos.

Enseguida sentí su abrazo cálido y mi garganta se secó. Empecé a llorar por todo. Por la impotencia que sentía al tener los ojos vendados, por no poder levantarme de esa cama, por no tener la oportunidad de estar al lado de Raúl... por un cúmulo de cosas que cambiaron mi vida.

—Te quiero mucho, hija.

—Yo también.

Después de un rato mi padre se alejó y limpió mis mejillas.

—Raúl salió de la cirugía y está bien. Las balas no tocaron ningún órgano vital.

—Quiero ir allí, papá —dije susurrando—. Llévame, por favor.

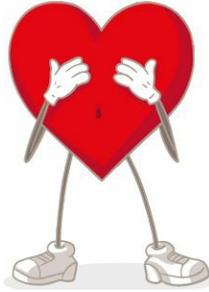
—Ahora tienes que descansar y él también. Te prometo que mañana te llevo. —Besó mis mejillas—. Intenta dormir un rato.

—¿Qué pasó con Elisa?

El silencio de mi padre lo dijo todo. Apretó mis manos y se puso de pie.

—Mañana hablamos.

CAPÍTULO 31



—¿Quieres que entre contigo?

—No, gracias. —Solté su mano—. Quiero entrar sola, papá.

—Un momento, Angélica. —Sentí un apretón en mi hombro—. Hay algo que deberías saber antes de entrar.

—No me asustes...

—Lo siento, pero tengo que contártelo. —Me agarró por el brazo—. Caminemos...

—Papá...

—El médico nos dijo que el rostro de Raúl quedó bastante desfigurado por los golpes recibidos y... —Tomó aire—, y de momento no puede ver.

—¿Qué? —Dejé de caminar—. Está... está...

—Como tú —finalizó—. Mañana lo van a operar.

—Somos dos ciegos atrapados por un amor que nos hizo mucho daño en el pasado y sigue haciéndolo en el presente. Nuestro amor es ciego —murmuré y suspiré.

—Hemos llegado —avisó y escuché como abría una puerta.

—Gracias.

Me ayudó a entrar y me guió hasta la cama.

—Siéntate —dijo con suavidad.

Con su ayuda, me senté en la silla que había detrás de mí y estiré las manos hacia delante buscando la cama.

—Os dejo solos.

Mi padre salió y el silencio se hizo presente. Cuando mis manos encontraron el rostro de Raúl, escuché un suave gemido.

—Ángel...

—¿Raúl? —murmuré—. Estoy aquí...

—No veo nada.

Su voz ronca taladró mi corazón.

—Tienes los ojos cubiertos por una venda —expliqué.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza—. ¿Qué pasó?

—¿No recuerdas nada? —Mis manos empezaron a temblar y las retiré despacio.

—Algo... bueno, recuerdo los golpes y los disparos.

—Las balas no tocaron ningún órgano importante, pero...

—¿Qué pasa? —Su voz asustada y preocupada me hizo levantarme de la silla.

Me subí con cuidado en el borde de la cama y me estiré a su lado.

—Hay una posibilidad de que... de que te quedes ciego.

—No... —Me abrazó con fuerza y gimió de dolor.

—No hagas esfuerzo —dije preocupada.

—No importa —murmuró—. Me gusta tenerte cerca. Quiero que me perdones.

—No, tú tienes que perdonarme, Raúl. —Me alejé—. Te mentí... Lo siento.

—¿Por qué lo hiciste? Fue por miedo, ¿verdad? Sabes que yo nunca....

—No, Raúl. No te tengo miedo. —Tomé su rostro en mis manos—. Sé que nunca me harías daño. —Besé sus labios secos—. Te amo.

—Yo también, ángel.

—Te mentí porque sabía que ese crucifijo significaba mucho para ti. Me sentía culpable de habérselo regalado a David.

—Podrías habérmelo explicado, no soy un ogro —gruñó.

—Lo sé, y lo siento. No quería perderte otra vez y tenía miedo de que eso pudiera alejarte.

—Te perdono, Angélica. De hecho, quería volver esa noche para decírtelo.

—Lo sé. Me lo dijo Mateo. Cuando llegué a esta ciudad, me sentía sola y perdida. Empecé a trabajar en un bar y el único apoyo que tuve fue el de David. Comprendió mi situación, se comportó como un caballero y nunca intentó algo. No voy a mentirte, me sentí un poco atraída por él. —Agaché la cabeza—. No hubo nada entre nosotros, pero fueron momentos cuando deseaba besarlo.

—Hey, no te avergüences. —Se colocó de lado, despacio—. Eso es normal, Angélica. La atracción física y el deseo puede surgir en cualquier

momento y con cualquier persona. —Besó mis labios—. Pero me alegro de que no hubiera nada entre vosotros.

—No te veo, pero sé que estás sonriendo —reí.

—Bueno...

—Tengo que contarte algo.

—Dime.

—Elisa...

—¿Qué fue lo que hizo ahora?

—Nada... bueno, mucho. Ella está muerta.

Sentí el brazo de Raúl tensándose y tragué saliva.

—Lo siento...

—¿Cómo es posible? —preguntó y tomó mi mano.

—Cuando te ingresaron en el hospital, Mateo me llamó. Mis padres salieron de casa de inmediato y me dejaron sola. No los culpo, recién había salido de la operación y necesitaba descansar. —Sus dedos apretaron mi mano—. Alguien entró...

—¿Qué?

—Déjame hablar —gruñí—. El hermano de Gabriel...

—No....

—Fran es el hermano de Gabriel. —Sentí movimientos—. No te muevas —grité.

—¿Cómo quieres que me quede quieto? —gritó de vuelta, asustándose.

—No grites. —Me bajé de la cama.

—Y tú tampoco. Sigue hablando —exigió.

—Intentó matarme y llegó Elisa. Ella salvó mi vida, pero... él la mató. —Tapé mi boca para no llorar—. Me da pena... yo... no tuve la oportunidad de despedirme o... de agradecer...

—Ven aquí, por favor —ordenó con suavidad—. No puedo levantarme de la cama.

Me acerqué a la cama y lo abracé. Lloré un par de minutos hasta que los sollozos dejaron de oírse.

—Tendrás la oportunidad de hacerlo —dijo—. Iremos a su funeral y allí podrás agradecer lo que hizo por ti. Fue muy valiente...

—Lo fue.

CAPÍTULO 32



Un mes más tarde...

—Tengo miedo, Raúl. —Estreché con fuerza su mano—. Quiero volver a ver, pero...

—Sh... —Me abrazó—. Sabes que te quiero mucho y nada cambiará lo que siento por ti. Eres hermosa, eres lista y podrás afrontar la vida sin ningún problema.

—¿Cómo me ves? —Enderecé los hombros—. Es raro no ver mi reflejo en el espejo cuando me visto.

—Preciosa, ángel. Te ves preciosa. —Besó mis labios—. Cuando me quitaron las vendas, sentí lo mismo que tú —admitió—. Inseguridad... pero recordé que tengo a mi lado a la chica más hermosa y maravillosa de este mundo. Eres mi pequeño tesoro, te quiero mucho.

—Yo también.

—¿No os podéis separar ni cinco minutos? —preguntó con exasperación Mateo—. Estoy harto de ver tu rostro, Raúl. Quiero pasar tiempo con mi amiga.

—Lo siento —dijo Raúl—. Tendrás que acostumbrarte. —Me dio otro beso en los labios—. Te espero abajo.

—Os veo muy bien —murmuró Mateo mientras me abrazaba—. Me alegro mucho.

—Sí, estamos bien y felices. Todo quedó atrás —suspiré.

Después del funeral de Elisa, Raúl se encargó de vender la casa. Compró otra más pequeña y la dejó medio vacía. Él insistió en que yo era la quien se tenía que encargar de decorar la casa, que pronto recuperaría mi vista.

A Fran lo condenaron por asesinato a treinta años de cárcel, y eso nos hizo dejar atrás el miedo y salir a la calle. La vida de Raúl ya no estaba en

peligro, era libre.

Estaba muy orgullosa de él y de cómo manejó la situación. Había recuperado enseguida la vista y junto con mis padres se había encargado de cuidarme y ayudarme con los estudios.

—David te manda saludos —comentó Mateo—. Dijo que te llamará estos días.

—¿Cómo está? —Me aferré a su brazo.

—Encontró trabajo y parece que le gusta una chica.

—Me alegro mucho. Es un buen hombre. ¿Qué sabes de Gema?

—Hay esperanzas... Las últimas pruebas dieron buenos resultados. Dicen que no tardará en despertarse. —Colocó un brazo encima de mi hombro—. Vamos, que tu novio estará impaciente.

—¿Preparada? —preguntó el médico.

—Supongo...

Me quitó las vendas y sentí un escalofrío, me sentía desnuda sin ellas. Fue un gran alivio para mis ojos, podía mover los párpados con facilidad.

—Puedes abrir los ojos, Angélica —dijo.

Parpadeé lento, pero no veía nada, solo había dolor. Negro era los que mis ojos veían... negro, un color negro.

—No veo nada, ¿está la luz apagada?

—Me temo que no. —Su voz sonó triste—. Lo que pasa es que...

—Me quedé ciega, ¿verdad? —Me puse de pie y froté mis ojos con movimientos bruscos.

—Angélica...

—No...

Sentía una fuerte presión en mi pecho y quería llorar, pero no podía.

—No es verdad —dijo con firmeza—. Lo que pasa es que tus ojos no se recuperaron del todo. Aún hay trozos de cristales molestando la retina y el iris. Con el tiempo, recuperarás la vista. Te lo aseguro. —Apretó mi hombro.

—¿Puedo pasar? —preguntó Raúl.

Empecé a temblar y cuando sentí sus manos en mi cintura, rompí a llorar. Su calor corporal me transmitía seguridad y amor, pero necesitaba verlo, lo echaba de menos.

—No veo...

—No pasa nada, Angélica.

—El médico dijo que con el tiempo recuperaré la vista.

—No importa. Esperaremos lo que haga falta. Todo lo que vale la pena, necesita tiempo y paciencia, Angélica.

—Sabes... pensé que nuestro amor es ciego, pero no es así. —Lo abracé con fuerza—. Lo fue un tiempo y eso nos hizo mucho daño, pero ahora, a pesar de que estoy rodeada por la oscuridad... puedo verte, Raúl. Puedo ver tus defectos y tus virtudes, puedo ver tu sinceridad y lo más importante... —Tomé aire—. Puedo ver tu amor.

—Fuiste como un ángel para mí todo este tiempo, Angélica. —Besó mi cuello—. Ahora yo seré tu ángel. Lo eres todo para mí.

EPÍLOGO



Cinco años más tarde

—Despierta, mamá.

Los gritos de mi hija interrumpieron mi sueño y quité la manta que cubría mi cuerpo. Una luz brillante apareció durante unos segundos, alejando la oscuridad. Empecé a ver colores y formas.

Me puse de pie y giré sobre mis talones. Miré a mi alrededor pausadamente, intentando reconocer algunos objetos. Según se aclaró la confusión, supe que había recuperado la vista.

Las paredes estaban pintadas de color rosa y naranja. Unos colores vivos que molestaban mi vista.

—Puedo ver... —murmuré y estiré las manos para mirarlas—. ¡Puedo ver!

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó mi hija, Paula—. ¿Por qué gritas?

Me giré y cuando la vi, empecé a llorar. Era muy hermosa y tenía los ojos de su padre, expresivos y cálidos.

—¿Angélica? —preguntó Raúl—. ¿Estás bien?

Llegó a mi lado y me miró con preocupación. Era muy guapo y su mirada transmitía mucho amor. Las palabras se atascaron en mi garganta y no conseguía hablar.

—¿Mamá? —Tiró de mi camión y agaché la mirada—. ¿Por qué lloras? ¿Es por mi culpa?

—No, hija. —Me arrodillé delante de ella—. Lloro de felicidad... lloro porque te veo por primera vez y no puedo creer que seas tan hermosa.

—Las personas dicen que soy igualita a mi mamá.

—Oh, Paula. —La abracé—. Te quiero mucho.

—¿Angélica? —La voz de Raúl agitó mi corazón—. ¿Puedes ver?

Me puse de pie y tomé su rostro en mis manos.

—Puedo verte, guapo. —Lo besé con pasión.

FIN

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[EPÍLOGO](#)

